sobre el pueblo, serenamente, anunciando un buen día de verano. Sonaban los cencerros de las ovejas que salían de sus majadas nocturnas, para comenzar su ascensión a los montes de pastos aún frescos y verdes. Y los mastines, tranquilos y confiados, caminaban junto a sus rebaños, atentos a la voz segura de su pastor.

Mientras, en la casa de los Gago, Carmen permanece tumbada en la cama de su dormitorio, situado sobre el establo de la casa, junto a otras dos mujeres: su madre Esperanza y la matrona del pueblo, Joaquina, que le asisten en el parto. Carmen tiene que sostener en una mano el candil que alumbra la escena, porque las otras dos mujeres están pendientes de contener la hemorragia, con paños y agua limpia. Pero en el instante en que el niño está naciendo, el candil que alumbra el acontecimiento se apaga.

— Ya está aquí, ya está aquí. Es un mozo, es un mozo - dice con entusiasmo la partera, cogiendo cuidadosamente al recién nacido, que rompe a llorar con fuerza.

Carmen Gago acaba de dar a luz. La luz ciega del candil ya no hacía falta. Los balidos de las ovejas y sus corderos que subían a buscar praderas frescas hasta lo alto de los montes, se confundían con el primer llanto de un niño que acababa de nacer. Su madre lo cogió entre sus brazos, y miró con ternura a aquella criaturita pequeña y desvalida, que ya no lloraba, envuelto en un blanco paño. El cielo de la mañana de verano parecía alegre y contento. Una pequeña nube blanca se deslizaba por el aire en silencio y despacio. En el cielo de Robledo permaneció buena parte del día. Aquella nube blanca, testigo de su origen, de su nacimiento y de su luz, volvería a aparecer con distintas formas y volúmenes en el curso y en el firmamento de su vida, como una misma melodía de fondo que nunca se repite.

Era el primer niño de aquella casa silenciosa, íntima y sagrada. Carmen Gago quería ponerle de nombre Salvador, como el patrono de Robledo, San Salvador. Pero Joaquín se impuso y

dijo que su primer hijo tendría que llamarse Santiago, como su padre. Y así fue como aquel niño tomó el nombre de Santiago, cuando pocos días después fuera bautizado en la antigua iglesia de Robledo, que había junto al cementerio. Hoy se conserva la pila bautismal de piedra en la que fue bautizado. Es la misma pila sacramental que hay en la nueva iglesia del pueblo, en la pequeña capilla que está junto a la puerta de entrada.

Aquel niño se convirtió en el centro de atención de toda la casa: sus padres y sus abuelos. Su abuelo, José, estaba encantado de que hubiera sido un varón. Y pocos días después de nacer, testigo de su evolución, dijo con orgulloso entusiasmo:

— A este niño ya le apuntan las habilidades.

El abuelo José Gago, El Cubano, estaba muy orgulloso de él, y repetía con satisfacción:

— Con lo listo que es el *rapacín*, llegará a ser abogado.

Para él no había otro niño mejor que su nieto, y presumía de él ante todos los vecinos del pueblo. En una ocasión se paró a hablar con otro vecino, que también tenía un nieto de la misma edad. Y ambos empezaron a hablar de las tempranas habilidades de sus propios nietos. Pero el abuelo, José Gago, zanjó la disputada comparación:

— El mío es el que más vale. Al tuyo, cógelo y échalo pa las zarzas.

Era el primer nieto de José y Esperanza, y la alegría y la vida que el niño había traído a aquella casa no se podían disimular. Así lo recuerda su vecina Isabel, que aún vive, y era, entonces, una niña:

— Era un niño muy guapo y muy blanquín, que era la ilusión de los abuelos de Robledo.

Pero al poco tiempo de nacer Santiago, comienzan las revueltas de los mineros asturianos, que llegan hasta Robledo. El niño ya no estaba seguro allí, y su padre convencerá a su esposa y a sus suegros de que el niño estaría más seguro en la Ribera, en la casa de sus padres, Isabel y Santiago Marino. Y así, cuando Santiago aún no había cumplido los dos años, su tío Juan, el falangista, subió a la montaña a buscar al niño en una bicicleta.

Así fue como Santiago bajó a Gavilanes de Órbigo, cuando contaba con tan corta edad, en el sillín de la bicicleta del tío Juan, por unos difíciles y escarpados caminos de piedra. Aquel viaje, que en la actualidad se hace en menos de una hora, en aquella época, en bicicleta, duró casi un día. Pero es el destino quien manda y quien obliga, la Providencia, quien propone y quien dispone.

Alejado de su madre, desde el año y medio de vida, siempre ha sentido nostalgia del amor materno, del cariño y la ternura de su madre ausente. Tal vez la insistente querencia del origen, tan lejos y tan distante -pero por siempre tan añorada-, haya provocado en él la sed incesante del retorno a lo originario, de retroprogreso al origen. Y es que, toda la Esthética Originaria tiene mucho de ausencia y de nostalgia. De presencia en la ausencia, evocadora del sueño y de la esencia de la realidad.

Su primer biógrafo, Fernando Labajos, lo subraya con esta reflexión lírica:

Se podría decir que hay mucho de ausencia y distancia, de "complementariedad", en la niñez del pequeño "Bubillo", que facilita una condición natural para la ensoñación: sus padres alejados, sus tíos muertos en la guerra, los lugares soñados, la fantasía artística y aventurera de Tarruco, su "mítico" abuelo materno "desaparecido" en Cuba, la íntima disposición a lo sagrado, y, además un pasado épico y ancestral, cargado de relámpagos luminosos, cuentos, fábulas, milagros... que alimentaron su connatural fantasía. Todas esas leyendas, toda esa

El matrimonio entre la ausencia y la distancia

Sus padres, Carmen Gago y Joaquín Pérez, tan aferrados ambos a la tierra natal, hijos de lo cósmico y lo telúrico, los dos con ese sentido hondo y sagrado de pertenencia al origen y a la tierra, se convertirán en protagonistas de una verdadera historia mítica, de auténtica tragedia griega, que determinaría la infancia y el destino de Santiago.

Nada más casarse, el matrimonio se estableció en Robledo, en la casa de los padres de Carmen Gago. Joaquín se hizo cargo de las propiedades y del ganado de su esposa, y de las propias ovejas que le había regalado su padre, Santiago Marino. Pero a los pocos años, Joaquín se dio cuenta de que no podía adaptarse a la complicada y difícil vida de la montaña. Con tan mala suerte, que aquellas ovejas, que le regaló su padre, murieron todas, debido a alguna enfermedad desconocida.

En sus desencantos cayó en la cuenta de que su ámbito y su vida no estaban en la montaña, y decidió volver a Gavilanes, junto con su mujer. Pero Carmen se resistía a abandonar su montaña, su origen. Aunque lo intentó durante algunos años, cuando el matrimonio, junto con su segunda hija, Esperanza, y el abuelo José Gago, padre de Carmen, bajaron a la Ribera, donde Joaquín entraría a trabajar en casa de Los Gayoso, en Palazuelo de Órbigo. Allí les nació su hija Isabel. Pero ocurrió aquel acontecimiento dramático, injusto y doloroso para la familia, que ya conocemos: cuando Joaquín fue acusado injustamente de robar un dinero a los dueños de la casa. Por lo que lo detuvieron y pasó un día en la cárcel de León.

Después de aquel suceso, el matrimonio volvió a Robledo junto a sus dos hijas, aunque su primogénito, Santiago,

³⁸ LABAJOS BRIONES, F.: Los Marino, vol. I, p. 100.

permaneció con los Marino en la Ribera. Al poco tiempo de su regreso a la montaña, a Joaquín no se le quitaba de la cabeza regresar a la Ribera. Y como Carmen no quería, decidió marcharse él solo.

De vez en cuando, Joaquín subía a Robledo para intentar convencer, en vano, a su esposa para que se volviera con él a vivir a Gavilanes. En alguno de aquellos viajes, su hijo Santiago lo acompañaba. Al comprobar que Carmen se empeñaba en quedarse en la montaña, Joaquín Pérez quiso presionarla y pensó que si se llevaba consigo a sus hijas Esperanza e Isabel, tal vez lograría disuadirla, y que su esposa no podría resistir sola en la montaña, sin sus tres hijos. Y así lo hizo Joaquín. Pero su esposa ya se encontraba encinta de la pequeña Mari Carmen.

Y Carmen Gago se quedó sola en la montaña, embarazada de su hija pequeña. Tal vez porque sentía una fuerza inconmensurable, inefable; un misterio, una vocación, un destino. Una querencia originaria que le impedía abandonar la montaña. Para ella, abandonar aquellas tierras sería como traicionar a su estirpe, a sus ascendientes, quienes seguían cobrando vida y alma, desde su ausencia, en aquellos montes de robles y avellanos.

En la casa de los Marino, Joaquín ayudaba en las faenas de la agricultura. Pero, más tarde, por el año 43 se dedicó a la compraventa de terneros que adquiría en la montaña y los vendía en la Ribera. Joaquín subía hasta Robledo cuando necesitaba comprar ganado, y allí permanecía algunos días junto a su esposa.

Pero desde la quietud y la firmeza de permanencia en la montaña, Carmen Gago llegó a ganar este pulso que le había echado la vida o el destino, porque al cabo de algunos años, Joaquín regresaría a la montaña para convivir con ella y sus tres hijas.

Sin embargo por el año 47, cuando el matrimonio ya se había establecido en Robledo, al abuelo Santiago Marino y al tío Jesús, *Tarruco*, les ofrecieron comprar una excelente finca de regadío, en Puente Duero, a pocos kilómetros de Valladolid, en la ribera del caudaloso río Duero, junto al Pinar de Antequera. Era la finca del Esparragal. Para adquirirla, los Marino tuvieron que

vender alguna propiedad de Gavilanes, como el prao La Cepa y aún así, el dinero no les llegaba. La abuela Isabel, esposa de Santiago Marino, se negó a vender más propiedades de la Ribera.

Joaquín pidió a Carmen que vendiera sus fincas de Robledo para participar en la compra de las tierras de Valladolid, y también se negó en rotundo. Ella no se dejó llevar por aquellos cantos de sirena, que le prometían mejores tierras si abandonaba las suyas, las de sus antepasados. El compromiso, el voto íntimo, secreto y ancestral con que ella parecía haberse comprometido, estaba mucho más allá de todos los bienes habidos en el mundo: el amor incondicional a la tierra y el compromiso sagrado a sus raíces, a su origen.

Curiosamente fueron las mujeres, tanto de la montaña como de la Ribera, quienes se negaron en rotundo a deshacerse de la tierra heredada, de la heredad. Un ejemplo claro del simbolismo ancestral entre la mujer y la tierra, entre la feminidad y lo telúrico. Y, al no contar con el dinero suficiente, los Marino tuvieron que hipotecarse en aquella compra.

Durante los tres años que duró la aventura, Joaquín se instaló en el Esparragal, junto a su padre, sus hermanos, Jesús y Florentina con su marido, Felipe, y el hijo de estos, Juan Antonio. Además, también estaban allí las hijas mayores de Joaquín, Esperanza e Isabel. Todos se volcaron en aquella empresa agrícola y familiar.

A Robledo, desde las tierras de Valladolid, Joaquín subía de vez en cuando para pasar algunos días con su mujer y su pequeña hija, Mari Carmen. Llegaba con los bolsillos de la pelliza llenos de piñones que había cogido en el Pinar de Antequera, para dárselos a la pequeña. Pero aquella aventura del Esparragal acabó en fracaso. Los Marino no pudieron hacer frente a los elevados intereses de la deuda, y perdieron todo lo que allí habían invertido: dinero, trabajo, ilusión.

Después de aquella ilusión truncada, Joaquín viviría definitivamente en la casa conyugal de Robledo para hacerse cargo de la huerta y de las tierras de su esposa. Ya sabía que las ovejas no eran lo suyo, por la negativa experiencia de recién

casado, cuando se le murieron todas las ovejas que su padre le regaló. En su casa de la Ribera lo tradicional era la agricultura y el regadío, así que pensó que debía dedicarse entregadamente en alma y cuerpo a lo que de verdad entendía, que era su oficio de labrador. Y decidió aplicar las técnicas que se utilizaban en la Ribera del Órbigo, como el regadío.

Y así, soñando en convertir la montaña en Ribera, construyó una noria para poder regar, como se hacía en la Gavilanes. Y consiguió poner regadío en toda la huerta. Una huerta de casi una hectárea, en la que cultivaría hortalizas y legumbres para todo el año. Primero era necesario construir un pozo. Pensó que en aquel prado tenía que haber agua, pues se llamaba el Prao la Fuente. Y, con pico y pala excavó siete metros la piedra de pizarra. Su hija Isabel, que entonces era una niña, le ayudó a sacar las piedras de pizarra y la tierra que iba extrayendo, con la ayuda de una cabria o cabestrante.

Para el día en que su hijo Santiago cantó misa, Joaquín mandó construir una casa con el dinero que le dejaron los vecinos del pueblo, a fondo perdido, para celebrar con su familia, sus vecinos y amistades aquel día tan señalado. Una casa en la huerta de Robledo, anexa a la que también había construido el abuelo de Carmen Gago. El matrimonio viviría definitivamente en aquella casa conyugal. Carmen falleció en el 87 y Joaquín dos años más tarde.

Pero será la familia paterna, Los Marino, los que marcarán la vida de nuestro autor, de una manera determinante. Porque toda la infancia de Santiago, hasta los trece años, transcurre en Gavilanes, con los abuelos y los tíos, en quienes encontraría el modelo y el camino de comportamiento en la vida, su ética y su estética, que, con el tiempo, pasaría a plasmarse en su obra, en su filosofía: la Esthética Originaria.

En la Casa de Los Marino

La casa labradora del abuelo Marino estaba situada cerca del molino Cuca, próxima a la finca La Castellana, o del prao Las Huergas. Allí pasó su infancia, en Gavilanes. Un pueblo agricultor de la Ribera, situado en la margen derecha del río Órbigo, pedanía del Ayuntamiento de Turcia, y a dos kilómetros de Benavides, rayando con Palazuelo. En su fértil tierra, regada por el caudaloso río, se cultiva remolacha, maíz, lino, patata, cereal y forraje para el ganado, así como distintos productos hortofrutícolas. Hay que sumar, en la actualidad, amplias plantaciones de lúpulo para la elaboración de la cerveza.

La casa de los Marino era la casa donde el Bubillo se crió. Fue construida por su abuelo Santiago a las afueras del pueblo. Tenía "pozo y corral". "Casa con pozo y corral, paraíso terrenal", dice el Refranero. La casa estaba construida en forma de siete, a pesar de que la abuela Isabel había preferido una casa de "hueco doble", que tuviera dos apartados, para albergar también a los animales. La casa del abuelo era, para el pequeño Santiago, su regazo y su hogar. El lugar sagrado y silencioso que invitaba a la serenidad y a la contemplación:

Yo recuerdo la anchura y soledad de la casa en las tardes de primavera y verano, cuando yo quedaba solo en la casa³⁹. Aquellas sabias calmas de espacio y tiempo⁴⁰.

Desde muy niño, el Bubillo se crió sin padres. Con su madre en Robledo, y su padre, quien durante algún tiempo vivió en la casa del abuelo, pero ausente, pues, a menudo, viajaba a la montaña. Sin embargo estas ausencias no le impidieron tener una infancia feliz en la casa de sus abuelos paternos, junto a sus tíos.

³⁹ Los Marino // 564.

⁴⁰ Los Marino //320.

Cuando llegó el tío Juan con el niño en el sillín de su bicicleta desde las montañas, sus tías menores vieron en aquel niño, que era casi un bebé, un juguete, un muñeco. Les gustaba atenderlo, cuidarlo y mimarlo, y jugaban con él. Era el centro de atención de aquella casa. Allí se criaría, desde el cultivo de la tierra y la tradición de la familia. La tradición que nos traspasa.

En aquel hogar de labradores, el pequeño Santiago aprendió a trabajar en el campo, y a esperar los frutos desde la sementera. Aprendió a soñar el mundo y a verlo todo desde el corazón, desde un ambiente de música, de copla y de oración:

En casa del abuelo cuajaron las canciones. Allí se ensayaban las rondas. También cuajaron las lecturas: se leía en público el "Quo Vadis" y "Fabiola". Se lloró cuando en una "hoja parroquial" se leyó la historia de una espiga que llegó a ser Cuerpo del Señor... Era una familia extraordinaria, dotada y abierta a los valores altos del arte, de la religión, de la épica. 41

Santiago era un niño muy inquieto y travieso, por lo que su abuelo muy pronto lo bautizaría con el nombre de *Vivillo*: el sobrenombre de un bandolero de Sierra Morena que, por entonces, era famoso en toda España, por sus aventuras, hazañas y leyendas épicas. Y de *Vivillo*, en el pueblo pasaron a llamarlo *Bubillo*. Pero a veces, su abuelo, lo llamaba *Chispineo*, por lo achispado que debía de ser el chaval, por la chispa que debía de tener.

Lo cierto es que recién cumplidos los tres años, cuando aún hablaba en lengua de trapo, llegó a casa contando entusiasmado una escena con perros y caballos, que había presenciado en un prado que hay junto a la Casa de los Marino:

— ¡Bayos rían mucho, pao Mas. Patulo, Tichú. Fime Ebo. Chis, chas!

Algo que traducido significa: "los caballos corrían mucho, en el prado del tío Tomás. Firme Ebro. Chis, chas". Ebro era el

⁴¹Los Marino //257.

perro que había entonces en la casa, un mastín leonés. Su tío Jesús, muchas veces evocaba al sobrino contando y repitiendo aquello con entusiasmo.

— Y cuando decía *chis, chas*, el niño hacía sonar las palmas como loco -recordaba.

Tal vez fueran sus primeros versos. El primer verso de su primera copla infantil, cuando aún no sabía hablar. El deseo de revivir lo vivido con pasión, revelado desde la furia y la firmeza del campo.

Los abuelos y los tíos ofrecían al pequeño Bubillo todos los cuidados a su alcance. Al llegar la hora de la siesta, lo acostaban en un escaño o banco de madera que había en la salona. Lo arropaban con una manta, y siempre colocaban un taburete junto al escaño, como protección, para impedir que el niño cayera al suelo. Y el niño se sentía seguro:

— Ponme *pete* que no *caya* -decía, nada más que lo acostaban acurrucado en el banco, es decir: "Ponme el taburete para que no me caiga".

Y así, se quedaba dormido, serenamente, sabiéndose protegido y mimado en aquel ambiente de cariño, de ternura y austeridad.

Mineros y montañeses en la fantasía infantil

En los primeros años de su infancia en Gavilanes, aquel niño se iba abriendo a nuevas experiencias y a la curiosidad por lo desconocido. Los mineros y los montañeses suscitaban en él una curiosidad infantil que despertaba su tierna imaginación, avivada por la percepción que tenían los mayores del pueblo y de la casa del abuelo, de aquellas gentes venidas de lejos.

Para los hombres y mujeres de la Ribera, los mineros no provocaban mucha simpatía. Estaban muy alejados de la filosofía y de la cultura de la tierra, de la ética y la esthética agrícola. Eran hombres artificiales, no de frutos, sino de productos. Con sus rostros ennegrecidos parecían señalar un alma negra, símbolo de las sombras espesas de una existencia maldita. Se les consideraba poco religiosos. Su tía Florentina cantaba una copla de mineros, en la que se vislumbra toda esta desafección:

Los mineros en la mina se acuerdan del Dios divino; pero cuando salen de ella, de las mozas y buen vino.

El minero era imagen de frivolidad, de desorden, desenfreno y de violencia. Por el año 34, como ya hemos apuntado, los mineros asturianos comenzaron las violentas revueltas, por lo que el Bubillo, con menos de dos años, tuvo que abandonar su pueblo natal de Robledo para emprender su infancia en Gavilanes.

Para los hombres de campo era una deshonra trabajar en la mina. Al mismo Joaquín, se le pasó por la cabeza ir a trabajar a la mina, después de la experiencia nefasta de pastor en la montaña, cuando se le murieron todas las ovejas que su padre le regaló. Pero un amigo le dio un consejo que le disuadió de sus intenciones de ir a la mina, producto de su desesperación:

— No se te ocurra, Joaquín. Eso lo último.

Se podrá cantar y hacer poesía de la vida del minero para salvar su alma y su ser de tan negra existencia. Pero entre los hombres de campo, los mineros nunca provocaron mucha estima. Un día, el pequeño Bubillo vio por primera vez un minero en Gavilanes, y fue corriendo a contárselo a su abuelo:

— Abuelo, uno minero, uno minero.

Y es que, el abuelo Santiago Marino tampoco sentía mucho aprecio por los mineros. Por esa gente que prefirió traicionar a su origen y a sus raíces de campo, a su firmamento y a su horizonte, encarcelando su vida y su destino a cambio de dinero y bienestar. Esa gente artificial que enterraba en la mina el oro y el valor infinito del Bienser.

En esta animadversión hacia la minería participa, también, el escritor asturiano, Palacio Valdés, en su novela *La aldea perdida*, como se lamenta del paso de la traición de la Asturias de pastores y vaqueros, a la Asturias minera. La novela termina con una dura reflexión profética:

Decís que ahora empieza la civilización. Oídlo bien: yo os digo que ahora comienza la barbarie.

También en su más corta infancia, al Bubillo le impresionaba ver a los pastores que bajaban de la montaña con sus rebaños para pasar los inviernos en la Ribera. Vestían cubiertos de pieles para protegerse del extremado frío de las montañas. Con sus zamarras y sus engorras, que eran unas polainas de piel de oveja, que se ataban a las piernas con unas cuerdas. Parecía que venían de otra vida. Con esta imagen, cuando el pequeño Bubillo vio un día a un pastor de la montaña, fue a contárselo al abuelo:

— Abuelo, abuelo, un patañés.

Un "patañés" en su infantil idioma, es decir, un pastor montañés, un pastor de la montaña o *pataña*, como él la llamaba. La montaña era el lugar donde le contaban que vivían sus padres, entonces. El hogar misterioso y permanente de su madre, a la que conocería más tarde, aunque sólo de visita, cuando alguna vez llegó a acompañar a su padre en sus viajes a la montaña.

Todos los recuerdos de su infancia y de su vida se vertebran desde el crisol de su desbordante sensibilidad, que le diferencia de los demás, como él mismo nos confiesa:

— Mi sensibilidad desbordada se manifestó desde un principio. La hipersensibilidad ha sido característica mía de siempre. Sí, desde pequeño fui muy sensible y bastante diferente a todos. Lo mismo que hasta ahora⁴².

Su extraordinaria y temprana sensibilidad le ayudará a ir descubriendo la fascinación que envuelve la vida y lo vivido, sintiéndose admirado y transportado por la fantasía y por el sueño insomne de la realidad.

La Campaza: sueño de monte y cereal

Normalmente, en La Campaza, que es la parte más alta de Gavilanes, es, como antaño, donde se siembra el centeno. Constituye una inmensa estepa de robles y alguna encina, donde hay abundantes alondras, muchísimas, "que cantan verticalmente". Junto a La Campaza se encuentra Campillos, que es el lugar donde estaba situada la Casa del Monte, mandada construir por un señor rico que vino de fuera de León, para que su hija enferma de tuberculosis pudiera pasar allí los veranos, respirando aire puro.

Cuando el Bubillo subió por vez primera a la Casa del Monte con motivo de su Primera Comunión, a los seis años, junto al párroco de Gavilanes y los demás niños que comulgaron con él, se quedó fascinado por el paisaje y la geografía. Y sintió, íntima y secretamente en su corazón, que en aquel monte de La Campaza ya había estado antes. ¡Antes! ¡Antes! Tal vez desde antes de nacer.

En el cielo azul de aquella tarde sacramental y luminosa, sólo una pequeña nube blanca se atrevió a cruzar el firmamento, sin ser notada. Mientras, los niños, contentos, corrían alrededor de la Casa del Monte, sabiendo que era su día de fiesta grande,

⁴² Los Marino // 99, 326, 430.

redonda y primera; invitados al juego cósmico que les brindaba el horizonte abierto del campo, de la tierra y del cielo azul. Azul... tan azul, que parecía casi blanco. Blanco para abrir su corazón de inocencia a la fantasía o al manantial de la Luz.

La Campaza está bordeada por un círculo de montañas, desde el Teleno a los Picos de Europa, con todas sus cumbres de nieve en abril. Y es que, en abril, con el centeno ya crecido, todo es verde. Una inmensa llanura verde, bordeada por montañas blancas. Emblema del Paraíso, donde años más tarde Tarruco prometió al Bubillo echar un rebaño de tres mil conejos blancos, para que no fuera a los frailes.

El centeno de La Campaza daba cuelmos, que es el tallo, utilizado para chamuscar los cerdos el día de la matanza; y bálagos, es decir, la paja del centeno que se machacaba para hacer la cama de los animales en el establo. Y también del centeno salían los cornezuelos, cuyo precio era muy elevado, pues se utilizaban para la elaboración química del ácido lisérgico, el LSD. En tiempo de la cosecha, los cornezuelos se vendían en Gavilanes a gentes que, hasta allí, acudían para comprarlos. El Bubillo, cuando llegaba el tiempo, escogía los cornezuelos del centeno entre el grano limpio, a la sombra agradable del bombo de la máquina de limpiar.

La Campaza es un terreno más abierto, con más horizonte, más grandioso y elevado. El Bubillo prefería lo alto a lo bajo, La Campaza a lo bajo del regadío, pero no podía decirlo, porque era una locura, porque entre las gentes de Gavilanes el valor de las tierras de regadío, los cuartales, era considerablemente mayor que lo alto, que era de secano. Pero para Santiago La Campaza fue su primera universidad. La mejor universidad, la universidad central en la que se revela el universo.

A La Campaza, como hay mucho monte de roble y de encina, era a donde se iba a buscar leña para el invierno. De aquellos montes llegaban los lobos a Gavilanes. Y recuerda el año de la lobada, en 1944, cuando seis lobos mataron más de ochenta ovejas en medio del pueblo, junto a la iglesia. Era de noche. Saltaron por la tapia de la huerta del tí Juan Curús. Al verlos, los

perros mastines, de miedo, saltaron fuera. Y luego, después de haber perpetrado la matanza, para poder saltar con mayor facilidad la tapia hacia el exterior, una tapia de más de dos metros, los lobos amontonaron una pila de ovejas muertas, según testimonio de Valentín Marcos. Los pastores de las ovejas eran de Aralla. Uno de ellos tenía la nariz torcida. Y Santiago Marino le dijo al criado, Marcos:

— Cuidado con éste, que se suicida.

Aquella sangría de lobos constituiría, durante mucho tiempo, un referente temporal para todos los habitantes de Gavilanes. "El año de la Lobada". Todavía la gente del pueblo de aquella época recuerda aquel tremendo episodio.

De La Campaza también llegaban hasta las eras de Gavilanes los carros cargados de manojos o haces de centenos. Los Marino tenían las eras en las Huergas, junto con el tí Fole y el tí Cuca. Tarruco cargaba los carros "de doce en pico". Los carros tenían pernillas (cuatro palos agudos de armar el carro para acarrear), y en las pernillas se ponían los manojos: uno en pico, dos en pico, tres..., y así, hasta doce. La altura máxima de los doce en pico casi llegaba hasta los cables de la luz. Y por eso, se decía la exageración:

— Con doce en pico traes los alambres de la luz a las eras.

Y en las eras se descargaban los carros cargados de espigas, para ser trilladas con caballos uncidos a los trillos. Algunas veces los caballos en la trilla se desbocaban. Contaban en Gavilanes que un año se desbocaron los caballos de Fosco, y el trillo se levantó en el aire al pasar sobre unos niños que estaban jugando en la calle⁴³.

Otra vez, al abuelo Santiago Marino también se le desbocaron los caballos y le partieron dos dedos de una mano,

⁴³ Los Marino// 66.

cuando estaba acañizando en Fontanales. Pero no fue al médico a que se los enderezara, y murió con ellos torcidos y mal soldados. Un ejemplo que demuestra el estoicismo y la entereza de su personalidad y su ética exigente, del aguantar heroicamente el dolor y el padecimiento.

— Mi gente fue estoica hasta la rudeza, hasta la incivilización. Así de auténtica y de entera y honrada fue mi gente⁴⁴ -confesará Santiago, muchos años después, cuando recuerda aquel acontecimiento heroico de su abuelo.

Ambiente de sosiego y austeridad

El ambiente amable que se respiraba en Gavilanes, por aquella época, permanece en lo más hondo de sus recuerdos, como un ámbito idílico, amable, bucólico y soñado.

La esquina el ti Aniceto y la puerta la ti María eran las ágoras de Gavilanes. En ellas los mozos tertuliaban al atardecer y esperaban a que las mozas salieran a la fuente a buscar agua. Era una serena cultura de costumbres fruto 46.

Un ambiente de campo, sereno y apacible, que hoy día, en esta civilización acelerada, de las prisas y la sofisticación artificial, ya parece un sueño. Pero en aquella época la cultura de la tierra propiciaba el ambiente y el aire puro que fácilmente serenaba el alma, a pesar del duro esfuerzo del trabajo campesino y labrador. Frente a las fatigas del campo, la naturaleza o el cosmos siempre regalaban aquel placer sereno, puro, sencillo y

⁴⁴ Los Marino // 66 y 181.

En el texto original, en lugar del término "cultura" aparece "civilización", pero en la corrección para la publicación, el autor prefirió corregirlo, ya que considera que el sentido exacto es cultura, y no civilización, que sería su antónimo.

⁴⁶ Los Marino //481.

bautismal a la caída de las tardes de verano, en la costumbre de "tomar el fresco" a la puerta de las casas, donde se aprendía que cada tarde trae consigo la esperanza del fresco y lúcido amanecer:

A tomar el fresco, ese licor impalpable del atardecer, esa frutal bebida cósmica, me enseñó el sencillo ambiente de Gavilanes. De él aprendí también a tomar el licor escarchado del amanecer⁴⁷.

En aquel tiempo, en Gavilanes, todo se inscribía en un ambiente natural que invitaba a los placeres sencillos, sin afectación ni artificiosidad, sin sofisticación ni envoltura. Como las mujeres tomando el sol de primavera en la pared de la huerta, que recuerda. O los corderos en los trigos recientes⁴⁸, en un entorno labrador y ganadero. En aquella casa de los Marino, se trabajaba duro, donde toda la familia participaba en las labores del campo. El Bubillo tenía que ayudar en las faenas labradoras. Picar remolacha, lavarla, secarla, descortezarla, llevarla a la báscula⁴⁹. Había que arreglar el ganado. Aún recuerda el ambiente acogedor y denso de una cuadra.⁵⁰

Todo esto lo aprendió de su admirado Tarruco, quien le enseñó con cariño y pasión todo lo que él sabe de campo y de agricultura. Un día el pequeño Bubillo se encontraba, junto a su tío, aricando habas por La Castellana. El chaval iba delante, llevando al caballo, El Negro, por el ronzal. Pero el caballo se enfadó y le dio un mordisco en el brazo derecho, llegándoselo a atravesar. Y Tarruco, que presenció tan terrible escena, le arreó con rabia un puñetazo en la testuz del animal, que lo tumbó sobre el terreno cultivado de habas. Cuando llegó el abuelo Marino, Tarruco le contó lo sucedido. Pero, el abuelo, al ver al caballo echado sobre las habas, se dirigió a Jesús reprochándole:

⁴⁷ Los Marino // 365.

⁴⁸ Los Marino // 26.

⁴⁹ Los Marino // 33.

⁵⁰ Los Marino // 32.

— ¡Hombre! Ya podías haber tenido cuidado de haber tumbado al caballo fuera de las habas.

Luego Santiago Marino cogió al nieto y se lo llevó a casa para curarle, cuidadosamente, la herida del brazo. Aún hoy conserva la cicatriz del mordisco que le dio aquel día el caballo, El Negro.

Cuando llegaba el mes de julio, en la Ribera se empezaba a regar a noria. Y toda ella se convertía en una inmensa noria, con un sonido incesante de agua y fluvialidad, al subir y bajar los cangilones. La Ribera se llenaba de un ambiente de frescor desbordante y sonoro, como un oasis soñado, como un regalo de vida en los días calurosos del duro trabajo de la siega.

La infancia del Bubillo en Gavilanes coincidió con la época de la primera postguerra, y había hambre, miseria y muchas necesidades por todo el territorio español. Aunque el abuelo Marino era el segundo más rico del pueblo, después del tío Juanón. Tenía algún criado para ayudarle en las labores del campo: dos fijos durante todo el año, y cuando llegaba la época fuerte de las cosechas, era necesario contratar a más criados, porque el trabajo, entonces, se incrementaba.

Los pobres de la Ribera, al llegar el invierno, por febrero, iban por las tierras "al rebusco de patatas" para coger las que se habían quedado bajo la tierra tras la recogida. Esta práctica del "rebusco de patatas" también la ejercía el Bubillo de chico. Las patatas que encontraba en la tierra las vendía, y con el dinero una vez se compró unos chanclos para el invierno. Sin embargo, sus primeros chanclos se los regaló su tío Jesús, *Tarruco*. Y si con el rebusco de patatas, el Bubillo sacaba más dinero, compraba, después, un par de zapatos de cuero que hacía el mejor zapatero que entonces había en Benavides, llamado Melillo⁵¹.

Aquellos zapatos de cuero o material, para que se conservaran en perfecto estado, había que untarlos, de vez en cuando, con manteca o con el "meano" del gocho, que era el tocino adherido al pene del becerro, que en aquella época tenía

⁵¹ Los Marino// 167.

muchas otras utilidades, no sólo para conservar los zapatos o el cuero, pues también se utilizaba para engrasar los ejes de los carros⁵². Los gitanos de la Ribera iban por las casas pidiendo como limosna el meano del gocho para las recién paridas⁵³. Iban familias enteras, con niños descalzos pisando por la nieve. Había dos gitanos muy conocidos que llegaban hasta Gavilanes para pedir. Eran la *señá* Manuela y Manolo, el gitano.

Desde muy niño, tuvo Santiago la ilusión de dormir en las eras, concretamente en las Huergas. Y es que, en aquel tiempo los hombres jóvenes tenían por costumbre dormir en las eras, para cuidar del grano que se estaba recogiendo y que se depositaba en sacos o en montones.

A los niños de la época siempre les fascinó aquella costumbre misteriosa, sana y fresca de dormir a la intemperie y bajo las estrellas, con el aroma del cereal o el trigo recién trillado. Desde el descanso merecido tras una agotadora jornada de siega y trilla, de justiciero sol, el dormir en las eras parecía una recompensa, a la vez que, para los chavales, suponía un grado más de madurez. Cuando el niño se hacía mozo, llegando a una determinada edad, se le permitía pasar la noche junto al cereal recogido, durmiendo a la luz de la luna o las estrellas. Era algo así como un rito de paso o iniciación por el que el niño despertaba a la hombría.

Al llegar la época de la siega los chavales tenían que ayudar a sus familias en el campo. Hacía un sol de justicia, en los veranos de Gavilanes. Su tía Florentina tenía que recordar al Bubillo que se pusiera el sombrero de paja para protegerse del sol y sus consecuencias:

— Ponte el sombrero, que te pones bobín con tanto sol⁵⁴ - le decía.

⁵² Los Marino // 200.

⁵³ Los Marino // 381 y 598.

⁵⁴ Los Marino// 615.

la comida y el almuerzo a los que estaban cosechando en los campos y trillando en las eras. Y por las noches, desde el otoño hasta el verano, les llevaba la cena a los pastores de la montaña, que cuidaban sus rebaños de ovejas en las majadas. Aquella comida la portaba en cestos de mimbre que tan primorosamente hacía el tío Jesús. Los almuerzos o cenas, cocinados por la abuela o tía Conce, consistían, generalmente, en patatas elaboradas con pimentón y tocino, acompañadas con algo de pan⁵⁵.

La Navidad entre turrones, naranjas y tonadas

En la casa de los Marino, el Bubillo probó por vez primera el turrón de Navidad. Su primer recuerdo le quedaría grabado para siempre. Allá por las navidades del año 43, cuando tenía diez años, su abuelo Santiago Marino fue a Benavides, y compró una barra de turrón duro y una botella de coñac de las "Tres Cepas". Cuando la familia reunida terminó de cenar aquella Nochebuena, sacaron el coñac y el turrón. Al ir a partirlo, tía Florentina tomó un cuchillo, en cuya hoja aparecía impresa la marca: "Arcos". No era el cuchillo utilizado para la matanza de los gochos, pero era un buen cuchillo de cocina, que el abuelo afilaba con cuidadoso esmero en la piedra de afilar. Y en aquella Nochebuena del recuerdo, al intentar partir el turrón para todos, se rompió la punta del cuchillo. Éste es su primer recuerdo de turrón. Recuerdo imborrable. Desde entonces, el turrón será para él algo sacramental, que le recordará a esa familia sagrada.

Por Reyes y Año Nuevo había la costumbre en Gavilanes de que los padrinos de los niños invitaban a sus ahijados a comer en sus casas. En esas fiestas tan señaladas les daban naranjas para comer. Y es que, las naranjas, en aquellos tiempos de escasez, recién terminada la guerra, eran un auténtico lujo, algo extraordinario, que Santiago vio por primera vez en aquellas

⁵⁵ Los Marino // 177.

comidas tan especiales. Pero a los niños les parecían tan extraordinarias las naranjas que no las comían: preferían jugar con ellas, para luego guardarlas como un tesoro. Así lo cuenta Santiago, cuando recuerda aquel tiempo sagrado y eterno de su infancia, de sobriedad, austeridad y fantasía:

El día de los aguinaldos, Reyes y Año Nuevo, se comía en otra casa. Normalmente en casa de los padrinos de bautizo. Yo, como tenía los padrinos en la montaña —José y María- iba al aguinaldo a casa de tía Rosa y a casa de tía la Coja, tía Inocencia y tío Tabaco. Allí nos daban bien de comer. Lo que más recuerdo es que nos daban castañas cocidas y naranjas. Era la primera vez que tropezaba con las naranjas. Tan extraño nos parecía que no las comíamos y salíamos a lucirlas por las calles del domingo pueblerino. Resultaba la mañana del domingo, con las naranjas de todos, una mañana y un domingo anaranjados. Después las naranjas las guardábamos⁵⁶.

Aquellas naranjas de los aguinaldos las guardaba su abuela en la alacena que había en su dormitorio, en la que también le guardaba la pelota y la armónica que le regaló su tío Juan. En la cómoda del dormitorio de los abuelos había un reloj despertador, regalo de bodas, que no marcaba las horas ni despertaba a nadie, porque siempre estuvo parado. Aquel reloj que los tíos Martina, Frutos y Jesús, cuando eran niños, le daban con un palo y le decían:

— Canta, José⁵⁷.

En navidades, pero también por la época de la vendimia, era una costumbre muy arraigada en la Ribera, las rondas de los mozos, acompañados por los chavales, cantando por las calles del pueblo, a la caída de la tarde. Las coplas y las tonadas se ensayaban en la casa del abuelo, en la cocinona. Y es que, Tarruco

⁵⁶ Los Marino // 161.

⁵⁷ Los Marino// 88.

era el mozo que mejor cantaba de toda la Ribera. No hay que olvidar que, en aquella época, los labradores trabajaban la tierra cantando: en la arada y la sementera, en la cosecha y en la trilla. "Ara y canta, labrador", como anunciaba con alegría el verso de Gabriel y Galán.

Una de las principales coplas y más recurrentes, que se ensayaban en la casa del abuelo, para luego cantarlas por las calles de Gavilanes, era la que llegaron a llamar la "Ronda de Los Marino", que dice así:

Y esta es la tonada nueva, que ha venido de Logroño. Entre grillos y cadenas, la van cantando los mozos. La van cantando los mozos. y con ellos los chavales. La van cantando los mozos el sábado por la tarde. El sábado por la tarde y el domingo por el día. Y el lunes por la mañana, vengo a verte prenda mía. Vengo a verte prenda mía, ¿cuándo te volveré a ver? Cuando las hojas del árbol vuelvan a reverdecer.

Con los chavales de su edad, el Bubillo salía de ronda junto a los mozos de Gavilanes. Uno de aquellos chavales era su amigo Julián, quien permaneció como labrador toda su vida en el pueblo, hasta el momento de su muerte. Aquel grupo numeroso de mozos y chavales salía a cantar las tonadas por las calles del pueblo. Iban cantando alegres. Sintiéndose, los chavales, casi mozos, en aquel coro popular, que amenizaba de luz jovial y de contento a la caída de las tardes de vendimia o Navidad, como un regalo de vida, y de música que devolvía la esperanza y el palpitar

seguro de la ausente primavera. Mientras, las mujeres y las madres en sus cocinas de leña preparaban con cariño la cena humilde, sabrosa y reposada, escuchando, a lo lejos, las rondas y las tonadas de los mozos y los chavales.

—¡Viva quien canta! -les decía alguna mujer cuando pasaban junto a su puerta.

Porque el que canta vive, aunque, a veces, deje sus lágrimas difuminadas en cada nota, en cada palabra que sólo espera la vida. Canta, canta... como los pájaros que cantan al atardecer, como si sólo fuera la última canción, cuando el cielo anuncia el atardecer, antes del primer vuelo amanecido.

-; Viva quien canta!

Todo aquel ambiente de calor íntimo y de música entrañada, en unas coplas que volvían cada año con sus mismas letras, enseñaron al Bubillo que la tradición no es el tiempo que pasamos, sino, más bien, es el tiempo y el ambiente que nos traspasa.

Pero Santiago, de niño, también disfrutaba a fondo con los juegos infantiles de su época, junto a sus amigos del pueblo. Y llegó a sentir su infancia como un niño que sueña y que juega.

Juegos infantiles y costumbres labradoras

El Bubillo jugaba con su pandilla de amigos, como David Cartero, Julián, Fernando *Chuche*, Manolo *Bicho*, Teodoro *Romo*, hijo de Miguel Moreno, el molinero, y Zancayo Palomo. A éste le habían sacado, entre todos, una copla rimada, que a veces le decían:

— Zancayo Palomo, Cirilo, lleno de hilo, Juan el toro.

Otras veces, entre ellos se decían:

— Ojo y pestaña, que la vista engaña, -siempre en tono de advertencia; porque la vista es apariencia.

En ese "ojo" de aquel dicho de su infancia se encuentra el "ojo esthético": "el ojo en superlativo, que mira, admira y se ve". Ese ojo que está por encima de las apariencias⁵⁸. En esta expresión se podría resumir toda la Esthética Originaria.

Y cuando el cielo se cubría de nubes espesas de lluvia o de tormenta, que limitaban sus juegos abiertos al campo, los chavales invitaban al sol escondido a que acudiera con su luz a la cita infantil de esperanza y alegría, cuando cantanban a coro la canción:

— Sal, solico, sal.

Que yo te daré un real,
para hoy, para mañana
y para toda la semana.

⁵⁸ Órphicos, 13 // 274.

Era un deseo de luz. Una canción mágica y cósmica para invitar al gran astro a ser el coro y el testigo luminoso de sus juegos. Allí, en la Ribera del Órbigo, encontró el clima cósmico, recio y auténtico, donde el campo y todo su ambiente y su clima se convertían en un enorme y lúdico horizonte infantil.

Así, cuando llegaba el invierno, llegaba el tiempo de las matanzas. Se trata de una fiesta familiar, ancestral y pagana, cargada de alegría y esperanza. Era el momento del sacrificio de los cerdos para cada casa, donde participaba la familia y algún otro amigo o vecino. Una fiesta en la que todos ayudaban en las distintas labores que conlleva el trabajo de la matanza, como lavar las tripas, picar y sazonar la carne y los jamones, y a la máquina, embutir la carne en las tripas, atando las piezas cuidadosamente, con una cuerda especial, pichándolas después con tenedores o picas afiladas para eliminar el aire.

Era un día de regocijo, sobre todo para los niños, quienes pugnaban por conseguir las ansiadas vejigas de los cerdos para hincharlas y hacer con ellas globos o pelotas. A Santiago le ha quedado en el recuerdo esta ilusión de las vejigas en las matanzas de su infancia. Para un niño, desde su delicada y finísima sensibilidad, la matanza constituía un "espectáculo serenamente cruel, que despierta en las sensibilidades sin estrenar un extraño y elemental regocijo", como anotará años más tarde.

Además, guarda también en sus recuerdos a las carameleras de su infancia, que acudían a las fiestas de la Ribera cuando era niño, y ponían la nota de color y de dulzura en aquella época de la posguerra española:

Las carameleras están en el centro mismo de la fiesta para la imaginación infantil: su cara amable, sus papeles de colores, sus caramelos, ricos caramelos que luego desaparecen de la vida-sin mimos- de todos los días. Las carameleras son el regalo de las fiestas en los años de la Ribera en que fui niño⁵⁹.

⁵⁹ Los Marino //22.

Por Santo Tirso y por los Corpus llegaban los días de las fiestas en Gavilanes. En las eras se montaba un templete o escenario de madera y hierros para los músicos que amenizaban los bailes populares, pasodobles o jotas leonesas. Llegaban, entonces, las carameleras con sus puestos multicolores, y otros puestos donde vendían los típicos panales de oblea y piñones con miel, o los que olían a almendras garrapiñadas recién hechas. Acudían forasteros de los pueblos de alrededor. Todo el mundo se ponía sus mejores galas, para acudir a la iglesia o al baile. De los armarios se sacaba la ropa, guardada, limpia y fresca, con olor a naftalina, que esperaba, al fondo del olvido, los momentos extraordinarios para ser lucida.

"La ropa": así se llamaba en los tiempos y casa del abuelo a la ropa de fiesta. Era algo sagrado⁶⁰.

Santo Tirso, procede de las religiones paganas, de las saturnales romanas, entre las que se incluyen las bacanales en honor a Baco o al dios Dionisos griego. En aquellos rituales dionisíacos y paganos de hace más de dos mil años, a parte de los conocidos cultos al vino, se profesaba una extraña devoción al miembro viril, símbolo de la fecundidad masculina de la tierra y de la agricultura. Lo cierto es que Tirso significa miembro viril. Curiosamente, en toda la provincia de León, hay un afirmado fervor popular a este Santo que se celebra el día 28 de enero. Curiosamente hay un vino de León que lleva el nombre de Santo Tirso.

Cuando llegaban las fiestas del pueblo, las labores del campo se simplificaban. El Bubillo no tenía que sacar el ganado hasta los prados. Se mantenía en los establos de la casa, donde en los pesebres se le echaba de comer. Llegaba la familia de Benavides, y todos participaban en la comida extraordinaria de los callos típicos de León, cocinados con pata y morro de vacuno. A Santiago siempre le han parecido una delicia. En la actualidad, su

⁶⁰ Los Marino// 182.

hermana Esperanza lo invita a comer callos que ella misma guisa como se hacía en la casa del abuelo.

Un día que no asistió a misa por atender al ganado, el Bubillo, que se encontraba solo en la casa, pues los demás se habían ido a la iglesia, se acercó hasta el puchero de los sabrosos callos guisados, y con una cuchara se atrevió a empezar aquel suculento manjar. Al regreso de misa, la tía Rosario se acercó al puchero y se dio cuenta de la merma de los callos:

—Aquí ha andado alguien -afirmó con propiedad y contundencia.

Y la tía Florentina de inmediato sospechó del sobrino, al que le pidió que le echara el aliento. No cabía duda, su aliento emanaba el olor de los callos consumidos en secreto.

Tarruco, sin embargo, prefería el pan con tocino:

— El pan untado con tocino cocido es el mejor manjar del mundo -solía decir con fruición.

Por eso, el Bubillo también apreciaba aquel manjar de Tarruco, y por eso lo comía para merendar. Y lo siguió haciendo, siempre que podía y daban cocido en los conventos, hasta que hace algunos años, en una analítica le descubrieron colesterol, y el médico le desaconsejó aquel bocado tan exquisito, tan elemental y sencillo, que hacía las delicias de mucha gente de entonces.

Cuando llegaban las fiestas, en la casa del abuelo se compraba una caja entera de botellas de gaseosas, de litro. La botella de cristal transparente tenía en su interior una pequeña bola de cristal. El Bubillo, como todos los niños de entonces, deseaba que se rompiera la botella para sacar la bola, y con ella poder jugar al guau, un juego de canicas, practicado por los niños españoles hasta la llegada de los *ciberjuegos*.

Juegos de mesa de la época

En la casa del abuelo se jugaba en familia a las cartas y a la lotería. Al Bubillo le entusiasmaban los juegos de mesa. Tanta era la pasión y la intensidad que ponía en aquellos juegos, que sus abuelos se los llegaron a prohibir durante una temporada. A las cartas jugaban a la brisca.

También, por aquella época, los niños de algunas zonas rurales de Salamanca jugaban a la brisca en familia. La costumbre salmantina que ya ha desaparecido, es que, al que perdía, se le daban los *churrines*, una especie de penitencia o leve castigo que tenía que padecer el perdedor, quien ponía su mano sobre la mesa. Un de los jugadores tomaba la baraja española en las manos, e iba descubriendo las cartas una a una. Cada carta tenía una copla. Cuando salía, por ejemplo, la sota, todos los demás jugadores cantaban pegando cachetes, rítmicamente, sobre la mano tendida del perdedor:

— Sota *maragota*, no cagues en mi puerta, que está mi madre mala y no gana *pa* escobas.

Y lo mismo cuando salía el caballo:

— Caballo, caballero, cuenta las estrellas que hay en el cielo.

O cuando salía un rey:

— Rey, reinando, por las montañas, tirando pedos por una caña, la caña se rompió y el rey se mató.

Cuando aparecía un cinco era "un pellizco", que todos daban en la mano del perdedor. Y un tres:

— Tres, trerrestrestrés, a la puerta llaman, sal a ver quién, el hijo el zapatero que te viene a ver con las tenazas y el tirapiés.

Y un seis, todos decían:

— Seis, amenazar y no deis -y, con el brazo en alto, todos amenazaban sin acabar de darle en la mano.

Pero cuando de la baraja aparecía un as, el perdedor se salvaba y se libraba de los siguientes *churrines* que le quedaban por salir. Ésta era la costumbre practicada en muchas zonas rurales de Salamanca, cuando se jugaba a la brisca, que hemos querido recogerla aquí porque ya se empieza a borrar de la memoria de la gente de entonces. Mientras, en Gavilanes, por aquella época, también jugaba a las cartas, en familia, y a otros juegos de mesa. Como la lotería. Y el Bubillo disfrutaba con la magia de aquellos juegos de azar, de naipes y de números.

Juegos de campo

Pero lo cierto es que al Bubillo siempre le atrajo más el campo que las fiestas o los juegos de mesa. Sentía más pasión y verdad en la fiesta cósmica y gratuita que le ofrecía la naturaleza. Así nos recuerda uno de aquellos juegos infantiles de correr la niebla por las eras, que más tarde entenderá como un símbolo del juego de la vida:

Cuando "corríamos la niebla" en Gavilanes, por las eras, nos admirábamos de que nuestra respiración fuera humo, y así pasábamos largos ratos. No es otra cosa la vida que este espectáculo elemental y jadeante, esta experiencia de "correr la niebla", pensando que la ahuyentamos, cuando lo único que hacemos es ir cambiando. Mudando de lugares donde vamos

viendo a poca distancia. Pero la niebla sigue en torno y no se irá hasta que Dios quiera y saque el sol⁶¹.

El frío del invierno no impedía a los niños de Gavilanes disfrutar con lo que el clima y la naturaleza les proporcionaban. Su llegada era por ellos muy bien recibida. Los hielos y el carámbano traían los resbaladeros para deslizarse con unos chanclos.

Los chanclos eran unas botas de cuero o material con la suela de madera. El Bubillo no olvidará nunca los chanclos que le regaló Tarruco, cuando en el puente de la Peña lo encontró pesaroso, porque él no tenía chanclos para resbalarse por el hielo, como los demás niños.

— No te preocupes, chaval, yo te compraré unos chanclos -le dijo, poniéndole la mano sobre su cabeza. Fue entonces cuando, estremecido de emoción, al sentirse protegido y amparado, el Bubillo se echó a llorar.

Estos chanclos con el piso de madera, que utilizaban los chavales de Gavilanes para deslizarse por el hielo, necesitaban ser herrados para resbalar. Eso se hacía en la fragua de Raposo, el de Palazuelo. A su fragua se iba con emoción, porque en contacto con el fuego había que dar al fuelle para arreglar arados, vertederas, ganchos, azadones. Era un contacto cálido con la fragua de Raposo, que se hacía en el invierno aterido de León.

Casualidades de la vida, andando el tiempo y los años, cuando Santiago se encontraba en Salamanca de profesor de la Universidad, Vicente "Raposo" se esmeró en forjarle un Cristo, que él conserva con cariño a la cabecera de su cama. Crucifijo forjado por el mismo que había herrado sus chanclos muchos años antes en Gavilanes⁶².

Los Marino // 168.
⁶² Ya en la Virgen del Camino, en el entierro de David Lastra, noviembre de 2009, Raposo, el herrero, le preguntó antes de la misa cómo se llamaba el paño

Cuando llegaba la primavera, corrían los arroyos cantarines, alegres de agua fresca, de agua nueva y bienvenida. Renacía, entonces, la vibrante y estremecedora sensación de andar con los pies descalzos entre los arroyos, que Santiago sigue sintiendo en la distancia del tiempo:

Había un día de abril o mayo, en que la primavera ya había estallado y los chavales andábamos descalzos por los arroyos del pueblo que traían agua para regar las primeras plantaciones de lechugas y cebollinos, que se compraban en Benavides. Aún parece que guardo aquella fresca y virginal impresión de "pies descalzos".

La misma sensación que cuando en verano, en la época de las cosechas, también con los pies descalzos, andaban por los montones de cereal recién trillado que se formaban en las eras.

Aquella época española, de escasez, de austeridad y de abstinencia, sin la profusión de juguetes infantiles o las chucherías y gominolas de hoy en día, los niños de entonces, sobre todo los niños de campo y de aldea, disfrutaban plenamente con los sabores deliciosos y auténticos que la naturaleza les brindaba. Como el placer elemental y virgen que sentían los chavales de Gavilanes en la primavera, cuando podaban las ramas de chopos, y los niños rallaban la savia debajo de la corteza para chuparla o comerla. Era una delicia ambrosía vegetal⁶⁴ -nos recuerda.

Además, con los chavales de Gavilanes, practicaban un juego con espigas verdes que iban a recoger a los campos. Había

que recubre la cintura y el vientre del Cristo, término que ya le había dicho cuando le entregó el crucifijo para Salamanca. Santiago, en ese momento, estaba preocupado por lo que iba a decir en la misa, en la que le habían pedido que predicara, y no fue capaz de recordarlo. Pero después de terminar el funeral se acordó que el paño que recubre la cintura y el vientre de Cristo se llama "pampanilla"; sin embargo no encontró después al Raposo, para decírselo. Por eso Santiago le mandó con su hermana Esperanza la palabra escrita en un papel, para que se lo llevara a su fragua de Palazuelo.

63 Los Marino// 521.

⁶⁴ Los Marino// 203.

que desgranar las espigas. Todos los granos se introducían en una gorra, uno de ellos se pinchaba o se señalaba. Al chaval que le tocaba, se le tapaba los ojos. Él iba cogiendo y comiendo, uno a uno, los granos de la gorra con un alfiler, y perdía cuando cogía el grano de trigo que previamente había sido señalado. Luego le tocaba al siguiente, y se le hacía lo mismo: se le tapaban los ojos, se pinchaba uno de los granos de trigo que quedaban en la gorra, y así sucesivamente en la rueda de chavales que intervenían en el juego.

Y, por la noche, también jugaban a hacer hogueras. Hogueras grandes que hacían juntando las ramas de las plantas secas de la patata. Las cerillas que empleaban, el Bubillo se las robaba a la abuela Isabel. Y aquel hurto le producía un gran contento, porque garantizaba el encendido de sus hogueras nocturnas, el espectáculo mágico y fascinante del fuego que alumbra la noche. Y al contemplar la lumbre, a veces, decían:

— Noche de San Juan, juanera, nosotros nos consumimos como palos en la hoguera.

El fuego que se consume, pero para consumarnos, cuando nos dejamos llevar por su embrujo. Y poco a poco, al contemplarlo, vamos olvidando el mundo, y se van abriendo las puertas de nuestro misterio. La hoguera será para Santiago un símbolo de lo incensante, de lo que nunca se repite: siempre igual, jamás lo mismo. De lo que se consuma para consumarnos.

Pero una de sus grandes aficiones que le causaba gran fruición era el contacto con el río Órbigo. El pescar o cazar ranas, para luego asar sus ancas y comerlas, que era todo un manjar indescriptible; como la pesca de los peces en la Rodera de las eras, que había entre las piedras menudas y rodadas. O el huevo de pato que encontró en la presa trasversal. Todo aquello le ha dejado muy buen recuerdo, de felicidad y de verdadero contento.

Y es que, allí, junto al río de su vida, empezó a soñar y a sentir lo incesante, al contemplar el agua que pasa sin pasar: el

agua que fluye y se queda. El río Órbigo fue también compañero y amigo, confesor y confidente. A la orilla del río, entre Palazuelo y Gavilanes, era donde lloraba solo cara arriba, hacia el origen, hacia el manantial. Lloraba sin saber por qué.

Y allí, bautizándose en el Órbigo, es muy seguro que comenzara toda la Esthética Originaria. Porque toda la Esthética podría resumirse perfectamente en la fluvialidad que se encuentra al fondo de la realidad, y que da origen a lo que Pérez Gago entenderá, muchos años después, por *rialidad*. La esencia y el ser de la vida.

También, con los demás chavales, cazaban pájaros, con red o con pajarera, para luego comerlos asados o fritos, como el mejor y más exquisito banquete, primitivo y esencial, que regala la naturaleza. Aunque fue su tío Jesús, Tarruco, quien le enseñó las técnicas más precisas de la caza y captura de pájaros.

Otros juegos que practicaba de niño con sus amigos eran el peón, las cartetas, la carraca, el carracón; la pina, los bolos o el aro:

Yo también corrí el aro, y sentí...⁶⁵

Juegos frecuentes como el cincón; a "robar carne"; a arrancar "carriñoletas". O el juego de las cartetas, que se hacían con las cartas de una baraja usada, cortadas en cuatro trozos iguales.

Libertad, el aire y el vuelo

Al Bubillo le encantaba ir a nidos. En las zarzas de los cierros, en los tomillos del monte, en los *mayotines* o cambrones. El primer nido que descubrió fue cuando pisó un tomillo y salió un pájaro. En El Coto encontró un nido de perdiz con dieciséis huevos, y aquello resultó para él un hallazgo extraordinario.

⁶⁵ Los Marino //43.

También había que subir a los árboles, chopos, cuando se trataba de nidos de pega (urraca). Era toda una experiencia cósmica, que unía la destreza, el valor y la emoción para subir a los árboles de rama en rama, mirando siempre hacia arriba, comprobando la resistencia de la próxima rama donde apoyar el pie, y la emoción que se sentía cuando soplaba el viento con fuerza y doblegaba las ramas.

Tarruco le había revelado un secreto infalible para encontrar nidos:

— Cuando veas una pájara con cebo en el pico, síguela hasta el final, y allí encontrarás el nido.

Por el canto de los pájaros, el Bubillo sabía diferenciarlos. La oropéndola cantaba en las choperas. Entre los chavales había un dicho que imitaba, onomatopéyicamente, el canto de la oropéndola:

> — Sidoro, ¿viste a Basilio? Vivilo, vilo. ¿Qué estaba haciendo? Rascando las pulgas detrás de un negrillo.

Y también recitaban la copla popular de las golondrinas:

— Mariquita, ¿que faciste?
Que la casa no barriste.
Fui al mar, volví del mar.
Puse tela en el telar,
la cazuela sin lavar,
las cucharas sin fregar.
Corrachis, chis, chas.

El Bubillo se sabía muchos nidos nuevos, que traía cada primavera. Sabía que si tenían huevos no se podían tocar, porque la pájara luego los aborrecía y los abandonaba. Había que calcular

el día en que los polluelos rompieran el cascarón. Pero era necesario esperar más todavía a que a los pajarines le salieran plumas para poderlos coger, y así criarlos en casa. Las palomas y las tórtolas se criaban muy bien en jaulas.

Sin embargo, había pájaros que se morían cuando eran enjaulados; pájaros que por lo general eran los de mayor belleza y colorido, como los ruiseñores, los jilgueros o las golondrinas. El abuelo Marino recordaba, con protesta, que de joven no había podido criar ruiseñores en jaula. Santiago sabe muy bien distinguir los pájaros que no se pueden criar en jaulas, porque se mueren al poco tiempo de ser enjaulados, pues lo aprendió de Tarruco en Gavilanes. Hacia estos pájaros que se mueren al perder su libertad, siente una especial simpatía, como nos confiesa en su obra autobiográfica:

A las golondrinas "lavanderas" se le secaban los ojos (se morían) con sólo una noche encerradas. ¿Por qué se mueren los pájaros al encerrarlos? Además se mueren los más exquisitos, los que no pueden ser domesticados. Yo tengo simpatía invencible por estos pájaros que no pueden ser domesticados⁶⁶.

Porque él se reencuentra en la naturaleza. Se descubre en esos pájaros que no pueden ser enjaulados, sometidos al seto institucional, a la civilización que corta las alas del alma, del espíritu, de la personalidad. Él, quien desde el silencio y la soledad buscada y comulgada de su celda, no ha hecho otra cosa que buscar nidos de Luz y vida, en el zarzal del mundo.

El ruiseñor de la Luz nunca se puede enjaular. La "beldad", por esta causa, no tiene "de-fi-ni-ción", porque sólo tiene alas⁶⁷.

Y los mirlos, cuyo canto a veces se confunde con el del ruiseñor, son también símbolo esthético y órphico de la libertad y

⁶⁶ Los Marino, //178.

⁶⁷ Orphicos, 13// 124.

de la fortaleza: esas aves portentosas y bravías que no emigran, porque esperan, con su plumaje oscuro, negro como el azabache, y su pico amarillo de luz resplandeciente. Porque esperan la llegada de todas las primaveras, para poder anunciar la fuerza de la vida.

El mirlo de "pico marillo", o la pajarona, como así lo llama su cuñado Victorino, supondrá, andando el tiempo, un descubrimiento lírico y esthético. En su pico amarillo, Santiago encontrará el símbolo de admiración apertura, al que pinta de amarillo, como así aparece en los últimos cuadernos. Es el mirlo un arquetipo esthético que anuncia la luz tras la oscuridad del invierno.

Los pájaros son muchas veces su modelo a seguir para continuar perseverante en el camino de la libertad. Encuentra en ellos una guía en su aptitud ante la vida, y se sigue mirando y encontrando en ellos para no perder el vuelo libre.

Los pájaros recelan en entrar en casa de nadie, tienen miedo de perder la libertad. Algo de esto me ha ocurrido siempre. Tal vez porque lo he vivido en las costumbres de la casa del abuelo⁶⁸.

Como a los Marino o a las aves del cielo, a él no le gusta entrar en las casas de los demás, para no perder su vuelo y su libertad. A lo largo de su vida siempre ha mantenido la rebeldía, frente a todo lo artificial. Frente a la civilización. Frente a todo aquello que le ha intentado someter a unos criterios arbitrarios, y contrarios a su ideal y a su camino. Tal vez, fruto de esa rebeldía, cuando tenía diez años decidió marcharse de casa, cuando la tía Florentina le pegó por algo que él consideró injusto. Y se sintió un niño o un hombre incomprendido y solo:

A mí asomó entonces la falta de mis padres, decidí todo rabioso e ilusionado marchar por el mundo adelante. Para ello

⁶⁸ Los Marino //162

me colgué los zapatos al hombro, pero mi tío Jesús me salió a buscar a caballo⁶⁹.

En la escuela de Gavilanes

A los seis años, el Bubillo tendrá que ir por primera vez a la escuela de Gavilanes. Ello suponía abandonar su libertad de campo durante largas horas al día. Sometido a la disciplina escolar, sentado en un pupitre, entre cuatro paredes.

Siempre ha confesado que su escuela y su universidad han sido verdaderamente el campo. Y que la primera rebeldía, por él sufrida, fue cuando entró por vez primera en la escuela de Gavilanes, y comprobó que su amigo el campo quedaba fuera de las aulas. Fuera de sus pupitres, y de aquella enciclopedia en la que todos los niños estudiaban de todo; fuera de aquel ambiente ilustrado de pizarra y pizarrín. El campo quedaba fuera.

Esta fue su primera rebeldía. Tal vez la misma rebeldía, que le ha acompañado toda su vida en sus variadas versiones. La rebeldía de comprobar que el campo todo y su honda lección de sabiduría no cabe en los libros ni en las enciclopedias. Que el campo es el ámbito de la profunda cultura que se aprende desde el sentir y el vivir esencial, por encima de los conocimientos ilustrados que inculca una civilización que ignora el manantial del saber. En ésta, su primera rebeldía, ya rezuma toda la Esthética Originaria, con aquella nostalgia de campo en la escuela. El campo convertido en origen, en distancia sentida, en olvido redivivo. Así lo confiesa:

"Mi primera rebeldía, al entrar por primera vez, en la escuela de Gavilanes de Órbigo": "El hecho de que la "escuela" se dejara fuera el campo (...) A mi amigo, el campo, no se le admitió en la escuela, y esto a mí me rebela y me sigue rebelando. Fue análoga rebelión a la sufrida por Agustín de Tagaste, al ver

⁶⁹ Los Marino //41

que en el hoyito que él practicaba en la arena (no cabía allí el mar). "Rebelión reveladora" que ha tensado e iluminado mi vida. Mi amigo, el campo, no pudo entrar en la escuela. Tuvo que quedarse fuera. Esto es lo que a mí me subleva. (...) "En la escuela de Gavilanes de Órbigo", a mi íntimo amigo el campo no lo dejaron pasar. Aquello me sublevó. Era mi primera rebeldía. ¿Mi única rebeldía? En el fondo de la vida, de la religión, del arte... no hay más que esta íntima tensión, "gran nostalgia". Ya era aquella "rebeldía" Esthética Originaria: el disgusto y el dolor de apartarme del "origen", que es lo que transpira el "campo". (...) También del agua del "nevero", en donde nació mi vida⁷⁰.

Ese disgusto y dolor de ser apartado del origen, tan temprano, como los héroes de la tragedia clásica. Esa nostalgia de un campo que no cabe en ninguna estructura, que no tiene medida, porque se siente o se sueña desde su ausencia:

Mi amigo, el campo, no entró conmigo a la escuela -1939-, porque "mi amigo, el campo, no consiente que lo midan. Mi amigo, el campo, se "siente"; nunca se puede "medir". Mi amigo el campo no es institucionalizable. Es ruiseñor delicado. Lo mismo que la persona ⁷¹.

Nuestro autor ha llevado siempre en el recuerdo aquellas tierras, aquellos campos de Gavilanes; campos sagrados, tierras sacramentales, cuyos nombres gusta pronunciar:

El Vallón, la Campaza, El Barbadiel, La Patera, Soñanes...; Bendita tierra de la que aprendí los nombres que comenzaron a "romper mi sueño". La Chana. En ellos había estado antes de verlos, "¿o acaso estabais en el fondo de ella?".

⁷⁰ Órphicos 13 // 95.

⁷¹ Órphicos 58 // 81.

El último entrecomillado, que Santiago incluye en esta cita suya, es de Antonio Machado, cuando al contemplar los campos de Soria, los campos de Castilla, los descubre en su corazón. Campos de eternidad, campos de alma:

> Campos de Castilla, me habéis llegado al alma, ¿o acaso estabais en el fondo de ella?

Para Santiago, aquellos campos de su infancia en Gavilanes fueron las mimbres o las cuerdas de su alma órphica, religiosa y esthética. Siempre fiel a aquellas tierras de su vida, a aquel tiempo que nunca pasa cuando se concibe desde el recuerdo. Aquellas tierras de horizonte y fantasía, de río y fluvialidad le revelaron un camino para ser, para vivir. Aquellas tierras de su infancia, en las que comenzó a soñar, suponen el semblante de su alma. Así lo confiesa el propio autor:

El contacto de la naturaleza por prados y labranzas, bautizaron para siempre el carácter de mi alma. Ahora, cuando sopla el viento, corren las nubes o llueve, algo que en mí queda de la infancia se vuelve a estremecer⁷².

De todos modos, y a pesar de sentir la injusticia de no poder entrar con el campo en la escuela, el Bubillo llegaría a ser un chaval aplicado, que se esforzaba en las tareas propias de su edad escolar. Y muy pronto empezó a tomarle cariño a todos los utensilios y material escolar, como los libros, las cartillas de lectura, o el pizarrín con sus plumillas. Pero, ¡ay las plumillas de entonces, mangadas en palillero, que le traían de cabeza! Había que mojarlas en el tintero, y siempre acababa con los dedos manchados de tinta. Sentía que aquel sistema era muy deficiente, y que no era para él. Por eso decidió buscar otra fórmula que le fuera más afín. Pensó en las cañas del tallo de la vid para hacerse su propia pluma. Por eso, cuando caminaba por las viñas de

⁷² Los Marino //19.

Gavilanes, iba buscando la caña-vid, apropiada para su pluma soñada: una pluma tan cerrada, que no le manchara los dedos de tinta.

Al Bubillo le hacía mucha gracia cuando en la escuela, al estudiar geografía española, aprendiendo y memorizando los cabos de la Península, los niños coreaban al unísono:

--- Gata en Almería;
Palos en Murcia;
San Martín y La Nao en Alicante;
Creus en Gerona.

Aquella frase o cancioncilla coreada por todos los chavales hablaba de una gata y de unos palos. Y, al principio, le llegó a parecer algo incongruente. No acababa de entender la frase, con el sentido que podía darle un niño de campo:

— ¿Cómo estando la gata en Almería, le dan palos en Murcia? -se preguntaba interiormente.

El Bubillo lo fue entendiendo sin preguntar. En la escuela memorizaba muchos conocimientos, y aprendía geografía, cálculo y caligrafía.

El campo como universidad

Pero su verdadera escuela sería el campo: su auténtica universidad. Porque allí, entre montes y riberas, en un ambiente de labranza, comenzó su vocación contemplativa, de silencio y soledad:

Además de la Campaza -ese mandala primero-, fue "el pra'o de la Juncalina" mi universidad primera. Allí empecé a cavilar, en la ausente soledad del pastor-niño de toros, vacas y bueyes de casa de los Marino. Allí apegué mi cabeza a un poste

de luz rajado que daba un zumbido insistente que yo he seguido escuchando, durante toda mi vida; que me ha llevado a ponerme a la escucha de la Luz. Como entonces, como siempre, quiero bendecir a Dios por este "sentir" doliente. Mi "dolorido sentir". Y mi incesante sentir.

Ese "zumbido insistente" que de niño escuchaba en Gavilanes al apoyar su cabeza en el palo de la luz, tal vez fuera una premonición de vida y de destino trágico. Porque aquel extraño ruido metálico, lo volvería a escuchar de una manera incesante y a lo largo de toda su vida, desde su enfermedad iniciada en Córdoba, a la que más tarde nos referiremos.

También allí, en el prao La Juncalina, propiedad de los Marino, al Bubillo le gustaba pasar las horas muertas contemplando las nubes en el cielo. Las nubes que formaban distintas figuras a cada paso, a cada instante. Con sus variadas formas y figuras que se suceden en movimiento, sin repetirse. Siempre igual, jamás lo mismo. El cielo se convertía en un escenario en continuo cambio, para revelar la quietud y la esencia permanente de ese niño soñador y contemplativo. Ese niño que ya empezaba a pintar el firmamento, como si fuera una pizarra de azul y viento, desde la fantasía celeste del sueño, en el "rápido velero de la quietud".

Cuando más tarde leyó *Las nubes* de Azorín se volverían a hacer presentes aquellos días azules de la infancia, cuando en el prao La Juncalina se pasaba las horas muertas viendo las nubes pasar. Quién sabe si aquellas nubes de su infancia soñadora no llevaban, sin saberlo, la nostalgia de la pequeña nube blanca que, en el cielo azul de Robledo, fue testigo de su nacimiento. Esas nubes que anuncian a su paso y en silencio, desde su constante transfiguración celeste, el tiempo eterno que se siente, que nos mide y que nos cuenta, a lo largo del camino de toda nuestra historia.

En "el pra'o la Juncalina", en mis años de pastor, admiraba sorprendido cómo no se repetía el cielo por la cuesta

"perdiguera" y la cuesta "raposera" - `siempre igual, jamás lo mismo '-. Es la misma admiración que estoy sintiendo ahora mismo, al contemplar los celajes en la Virgen del Camino. Hoy, martes, 29 de julio, en el año 2008. 73

Las nubes y el cielo siempre le han acompañado a lo largo de toda su historia. Al fondo del suceder incesante de los acontecimientos y circunstancias de la vida, hay siempre un mismo firmamento de nubes eternas e infinitas, que nunca se repiten, aunque traigan siempre el aroma del recuerdo y la nostalgia de un tiempo originario y soñado.

La navaja campera: un apoyo de cultura

También allí, en el prao La Juncalina, encontró su primera navaja. El Bubillo quería tener una, como todos los hombres de campo que tenían y tienen una navaja siempre a mano. Una herramienta utilizada para múltiples funciones, muy versátil. Empleada para cortar el pan y el embutido de la merienda, para labrar la madera, las madreñas y las cachas, para cortar cuerdas o pequeñas ramas de los árboles... Una navaja es un instrumento imprescindible para los hombres de campo, para los pastores y labradores. Antes la navaja solía pasar de padres a hijos. Tal vez, era también un símbolo de la masculinidad, de la hombría y la madurez.

Además, por toda la provincia de León, se extendía un mito generalizado con el que soñaban todos los chavales en la escuela de Gavilanes. Se decía que cuando te tragaba una ballena había que tener una navaja para ir cortando y comiendo sus hígados. Así, la ballena moriría y terminaba encallada en una playa, despedida por el mar⁷⁴. Y así, uno lograría salvarse.

⁷³ Órphicos 59 // 122.

⁷⁴ Los Marino// 342.

Pero el Bubillo no tenía edad para poder tener una navaja, y su familia no le compraba una. Un día, obsesionado por tener su navaja soñada, empezó a buscarla por el campo, de parte a parte. Estaba convencido de que tarde o temprano encontraría una navaja, si no cejaba en su empeño. Obsesionado por los campos, buscando aquel tesoro soñado.

— Tengo que encontrarla -se decía interiormente a cada paso.

Estaba seguro, y la encontró. La encontró, precisamente en el prao La Juncalina. Era una navaja con la hoja de acero oxidada. Con las dos cachas de madera reseca y color gris. Contento y satisfecho con el hallazgo de su primera navaja, la afiló cuidadosamente en una piedra hasta que logró que desapareciera todo el óxido de su hoja. Y la llevaba en su bolsillo, secretamente, como un tesoro escondido, íntimo, personal y soñado. Durante mucho tiempo después, ya de fraile, en su estancia en el convento de Las Caldas o en el de La Peña de Francia de Salamanca, seguiría llevando una navaja, símbolo del campo y de la cultura, como un emblema de su origen labrador.

Los viajes a la montaña

En algunas ocasiones el Bubillo acompañaba a su padre en los viajes que hacía a la montaña, hasta Robledo. Joaquín quería que el chaval conociera y tratara más a su madre, con la que, apenas, tenía relación. Debían levantarse muy temprano, antes del amanecer, casi al alba, para iniciar el largo camino. Los dos subían a la montaña en el carro La Pacha, tirado por el caballo

Mateo Pelotas⁷⁵. Aquellos viajes en carro eran agotadores y extenuantes. Más de cuarenta kilómetros por caminos de piedra.

Cuando entraban por el pueblo de Espinosa de la Ribera, a unos veinte kilómetros de Gavilanes, su padre siempre le decía:

— Aquí tengo yo un amigo que sale a decirme la hora. -Y era el reloj de la torre del campanario de la iglesia, que está junto al camino.

Al llegar a Tapia de la Ribera, y al pasar por el enorme arenero que existe en la actualidad, el Bubillo cogía arena en un saco para tía Conce, para que pudiera fregar con aquella arena blanca los suelos de tabla de la salina y la salona de la casa de Los Marino. Tapia era el Balcón de la Ribera, según decían los de Gavilanes. "Tapia, el Balcón de la Ribera": fue la primera metáfora que el Bubillo escuchó en su vida.

Antes de llegar a la Magdalena, tenían que bajar por la cuesta La Fiera. Al subir a la montaña, esta pronunciada e interminable cuesta, de más de medio kilómetro, era de bajada. Pero lo peor llegaba cuando, a su regreso a Gavilanes, había que subirla. Y al caballo Pelotas, que no podía él solo tirar del enganche, tenían que ayudarle los dos, empujando el carro cuesta arriba. Aunque la bajada, también tenía sus complicaciones, pues era necesario sujetar la carga, ya que el carro se le echaba encima de la caballería.

Una vez que habían conseguido bajar la cuesta La Fiera, tenían que subir otra cuesta menos pronunciada, que les conducía hasta La Magdalena. La Magdalena es un pueblo que, por entonces, se dedicaba a la minería. Por allí pasa un río importante de la provincia de León, como es el río Luna, un río que más abajo de su cauce se unirá con el Omaña, formando el río Órbigo.

Desde la Magdalena, Joaquín y el Bubillo tenían que seguir el camino que sube paralelo al río Luna, hacia arriba,

⁷⁵ Al caballo Mateo Pelotas lo llamaban así porque se lo compraron a un señor de Armellada, llamado Mateo. Y Pelotas, porque el caballo tenía un bulto o dureza en la mano derecha.

bordeado de esbeltos chopos y abedules frondosos, y abundantes praderas frescas y verdes. Nada más salir de La Magdalena, a tan sólo un kilómetro de distancia, se encontraban con un pequeño pueblecito de casas de piedra llamado Garaño, que perteneció al obispado de Oviedo, y que tiene una iglesia dedicada a Santo Tirso.

Y, continuando río arriba, pasaban junto a la ermita de San Roque, al que tienen una especial devoción los pastores trashumantes que pasan por el lugar. Poco después llegaban hasta Mora de Luna. A las afueras del pueblo, junto al camino, había una casa blanca de dos alturas, y con una tenada que daba sombra a toda la fachada principal. En aquella casa, que todavía permanece, vivían dos hermanas costureras, que necesitaban muletas para andar, pues padecieron la poliomielitis. Ellas daban comidas a los viajeros. Allí se paraban su padre y él para comer. Y las mujeres les sacaban una lata de sardinas y un trozo de pan, que Joaquín pagaba con gusto y agradecimiento. Eran momentos felices de descanso, donde reponían las fuerzas gastadas en el duro viaje hacia la montaña. Y sentían que ya se acercaba la llegada, el final del camino.

Por aquella época, aún no estaba construido el pantano de Luna que anegó doce pueblos a partir de Barrios de Luna. Debían pasar, entonces, por Mirantes, Miñera, San Pedro, que era la capital de la montaña central leonesa, y por Oblanca: pueblos que serían anegados por el agua del pantano. Pero en la actualidad, cuando en algunos años de sequía baja el nivel de las aguas, se pueden apreciar las ruinas de aquellos pueblos que un día fueron muy prósperos, debido a la abundancia de pastos que proporcionaba la ribera del Luna.

Al llegar a Oblanca, pasaban junto a una cueva, que aún se puede ver desde la carretera cuando baja el agua del pantano. Y al pasar por la cueva, el Bubillo se acordaba de la leyenda que le había contado su abuelo materno, José Gago, y que siempre le impresionó. Le contaba que un pastor de Oblanca dejó sus madreñas en la cueva. Aquel pastor llegó a ser obispo; y de obispo regresó a la cueva para recoger sus madreñas.

Y desde allí, ya estaban muy cerca de Robledo. Sólo quedaban seis kilómetros, pasando primero por el pueblo de La Vega, de donde era su abuela Esperanza y su familia, como la bisabuela Luisa. Poco antes de llegar hasta Robledo tenían que salvar otra cuesta pronunciadísima, como es la cuesta El Conde. Y luego, una vez en el pueblo, para llegar hasta la entrada de la casa de los Gago, tenían que subir la pendiente del callejón, también muy empinada, que en invierno, al estar siempre a la sombra, se cubre de una gruesa plancha de hielo. Otra vez, Joaquín y el Bubillo tenían que empujar el carro cuesta arriba, ayudando al caballo Mateo Pelotas, que resbalaba sus cascos por el hielo.

Era ya muy tarde cuando llegaban a su destino. Ya había anochecido. Al entrar en la casa eran recibidos por su madre y sus hermanas, Esperanza e Isabel. Sin embargo, la presencia del Bubillo no era muy bien acogida por sus dos hermanas, que lo perseguían para darle en la cabeza con una garfilla, que es como llaman en Robledo al cazo de cocina.

El campo sobre la ciudad

La primera vez que el Bubillo fue a León, a la gran ciudad, acudió con su tía Rojina, la sobrina del tío Tabaco, para comprar ropa y enseres a un baratillo o rastro que organizaron allí. Y para ir a la capital vistieron al niño con unos zapatos de la tía Conce y unas medias de lana. Su tío Jesús, Tarruco, al verlo así vestido, le tomaba el pelo, diciéndole que los chavales de León le echarían de la capital, al verle aparecer con los zapatitos de pequeño tacón y las medias, como si se tratara de un bicho raro⁷⁶.

Desde aquella primera vez, la ciudad le pareció un ámbito artificial. Allí sintió cómo sus habitantes habían perdido algo muy hondo y, a la vez, muy natural. Con ceños fruncidos y su indiferencia tan ausente. Habían perdido humanidad. Parecían personas que habían dejado de serlo. Y es que al Bubillo le

⁷⁶ Los Marino// 161.

sorprendió que nadie se saludara por las calles, como ocurría en Gavilanes, o en los pueblos de la Ribera que él conocía. Y, sobre todo, le extrañó la indiferencia de la gente al ver un entierro:

Al llegar por primera vez a León me extrañó que no se pudiera saludar a la gente por la calle. También era extraño ver que un entierro dejaba a la gente indiferente⁷⁷.

Desde entonces estos dos ámbitos, como son el campo y la ciudad, tan distintos y tan distantes, serán el contexto sobre el que irá creciendo una rama esencial de la Esthética Originaria: la reivindicación del campo, como el origen y el ámbito de la cultura, como la manifestación más auténtica de la profunda humanidad, por encima de la ciudad o la civilización, que suspende y coagula el germen de lo más auténtico, personal y humano.

En su infancia, la Ribera del Órbigo será ese espejo en el que se ha mirado para sentir su ser en todos los elementos esenciales del paisaje y su geografía. La lección que revela el campo y la agricultura es capaz de transmitir una formación más humana y verdadera. Una formación heroica, vigorosa y entusiasta, y, a la vez, más culta. Y más sabia.

Pero andando el tiempo, en Robledo de Caldas de Luna encontrará también el enclave cósmico desde donde ponerse a la escucha órphica de la sabiduría y del ser. Las elevadas montañas de roca son las puertas altísimas, las fronteras cósmicas que, en Robledo, separan la civilización de la cultura. La vecina Salomé -quien nunca había salido de Robledo-, cuando se refería a la civilización y a las capitales o ciudades, más allá de las rocas altísimas que su vista era incapaz de alcanzar, decía:

— P'a ahí p'alante.

Los Marino// 120. Referencias a su primer viaje a León también las encontramos en este libro en //18 y //161.

Porque "p'a ahí p'alante (...) casi todo es "humanidad de consumo". Esto es lo que se percibe, poniendo el estetoscopio de Robledo. Robledo es un claustro cósmico. Un cósmico auricular. Una antena parabólica, puesta en la tierra de "Luna". En su antena parabólica se escucha en hilo directo, a Virgilio y las Bucólicas. También Robledo es la pila bautismal de inmersión cósmica.⁷⁸

Su libro *Los Marino* es un intento de revalorizar el campo, la tierra y sus gentes. El campo como el latido o el corazón de lo humano. Aunque la ciudad, o la civilización, haya sido siempre la que ha intentado manipular y subordinar al campo, poniéndole el precio a sus frutos, imponiendo sus puertas y sus límites administrativos y burocráticos. Toda la Esthética Originaria será una reivindicación de la sabiduría de los hombres de campo frente a la ilustración y funcionariado ciudadano. Reivindica la victoria definitiva del campo sobre la ciudad:

Desde Los Marino se intentaría hacer justicia al campo, que ha sido reestructurado siempre desde la ciudad: la ciudad le pone precio a todo lo del campo. Pero la victoria es siempre de los vencidos. Los hombres que piensan en el campo, venderán sus reflexiones a los que viven en la ciudad⁷⁹.

La Agricultura como religión. Gavilanes y Eleusis

Gavilanes de Órbigo, en aquella época, era un pueblo de gentes profundamente religiosas, donde la religión más sagrada y verdadera parecía ser la agricultura. Igual que en las antiguas religiones de la meridionalidad, agrícolas y solares, cuando mucho antes del Cristianismo, barruntaron en los astros, en el cielo, en la tierra y en el cereal, el misterio de la inmortalidad. Eran las

⁷⁸ Órphicos, 13 //149.

⁷⁹ Los Marino // 497.

religiones mistéricas, como las religiones de Eleusis, como la religión de Orpheo, la de Deméter, la de Atis y Cibeles, la de Dionisos, o la religión de Mitra. Todas ellas, religiones agrícolas y solares, paganas, mistéricas e iniciáticas, al margen de la religión oficial del Estado, que era pura y complicada teología.

Gavilanes de Órbigo recuerda a Eleusis. A ese pueblo griego, agrícola y sacramental, donde el trigo era sagrado, y era la encarnación de la divinidad, del espíritu de lo sagrado y del misterio. En Eleusis el grano de trigo era la encarnación del dios que muere y resucita. Pueblo eucarístico, de cosecha y cereal, en el que se practicaban ritos religiosos e iniciáticos que son, sin duda, origen de la eucaristía cristiana.

En aquellos ritos ancestrales constituía un momento esencial y culminante la *epopteia*, la adoración del trigo, cuando el sacerdote o mistagogo elevaba un haz de trigo. En Eleusis ese trigo era símbolo y emblema de la Luz y de la inmortalidad, para que a los fieles e iniciados que profesaban esta religión se les revelara el misterio. Allí la agricultura era religión

En Gavilanes de Órbigo, en aquel tiempo, *in illo tempore*, también la agricultura era religión. No en vano, como en muchos pueblos de Castilla o de España, el día de la fiesta grande del pueblo es la del Corpus: el Señor que se hace trigo y pan; trigo trillado, molido y cocido para entregarse. En aquella época, para la procesión del Corpus, las calles del pueblo se alfombraban de espadañas para recibir al Santísimo, y las paredes de las casas se cubrían o se adornaban con ramas de chopo.

En aquella casa labradora de los Marino, desde su exquisita y profunda sensibilidad religiosa y mística, se lloró cuando un día, en familia, se leyó en una hoja parroquial⁸⁰ la historia de una espiga que llegó a ser el Cuerpo del Señor⁸¹. Y es que la espiga es el símbolo, a un tiempo, del alfa y el omega. La espiga es fruto, pero es a la vez semilla. Símbolo del único ser que se ha dado la vida a sí mismo: El Señor.

⁸⁰ Una hoja parroquial publicada en el Boletín de la Diócesis de Astorga, allá por el año 1942 ó 1943.

⁸¹ Los Marino // 179, 257.

Esta religión en toda su pureza originaria es la que fascinó al niño Santiago, como una vocación profunda y temprana. Una religión de era redonda, de cosecha y sementera. Cuántas veces, en la trilla, el Bubillo barrió por fuera y por dentro la era. En recuerdo de esta limpieza del trigo en la era, cada día, antes de la consagración de la misa, y después de echar en el cáliz el vino y el agua, fray Santiago da dos vueltas con el purificador sobre el borde del cáliz: la primera por fuera y la segunda por dentro. También al ver el halo de los santos se acuerda de la trilla, ya que etimológicamente, la palabra halo procede del griego, ấλως que significa 'trilla'.

La primera llamada que el pequeño Bubillo sintió de Cristo fue cuando en otra hoja parroquial de Astorga, en un dibujo aparecían los apóstoles de Cristo recogiendo espigas. Aquello resultó ser toda una revelación, pues él también, en sus juegos de infancia, iba con los chavales a los campos a coger espigas para participar en un juego con granos de trigo.

Era una religión cósmica y agrícola, la que él profesó de niño en Gavilanes. Una religión mucho más profunda, verdadera y universal que cualquier otra teología enmarañada de conceptos, de estructuras, de dogmas y de categorías de Dios. Porque allí, en aquel lugar de la Ribera leonesa, la agricultura era profunda sabiduría. Auténtica iniciación al misterio.

— No entiende un Cristo de sementera -oyó alguna vez decir Santiago, de niño. Más tarde reflexiona sobre ello:

"Entender de sementera" era el máximo prestigio en el ámbito de mi infancia. Ello incluía la previsión, el acierto y la inexplicable simpatía con la tierra y con el cultivo. Implicaba una sabiduría⁸³.

Como en las religiones mistéricas de Eleusis, la verdadera religión en la que el Bubillo se inició en Gavilanes habla del grano

83 Los Marino // 468.

⁸² El purificador es el paño con el que el sacerdote limpia el cáliz.

y la sementera, del trigo y las primaveras. De las espigas pujantes y fuertes, que, desde su nobleza delicada en invierno, vencen los hielos y los fríos.

Qué valiente es el trigo que pasa ocho meses bajo la nieve, decía su madre Carmen Gago, quien, desde sus montañas, profesaba también una profunda y sagrada religión cósmica. La religión del campo y de la agricultura en la que siempre ha creído Santiago Pérez Gago:

La fábula -buscar en la naturaleza el espejo de lo interiornació en oriente, donde el amor a la naturaleza es una religión. "Mientras en el Concilio Vaticano limitan y definen el contenido del más acá y más allá, nosotros los orientales -decía un filósofo indio- nos seguimos bañando en el Ganges".

Santiago, desde su iniciación en la religión agrícola y sacramental vivida en Gavilanes, se ha sumado a esta crítica a la teología, a lo dogmático. Nunca vio con buenos ojos la actitud de los curas de la Ribera, que se convertían en controladores de la administración del culto, exigiendo a sus parroquianos justificantes de cumplimiento de los preceptos clericales.

Los curas de la Ribera exigían un justificante de que se había cumplido con Pascua en otra parroquia. Creo que era un control excesivo, rayando en el caciquismo.⁸⁵

Una apreciación anticlerical, antidogmática, la de aquél que cree en el fondo de la religión, en la religión órphica y mística, agrícola y cósmica. La del que cree en la *theopathía* y no en una teología que pretende imponer dogmas y encapsular al misterio y a lo sagrado en un justificante, en un papel. Una teología cimentada sobre las "verdades de fe", más que en la "fe de las verdades".

⁸⁴ Los Marino //14.

⁸⁵ Los Marino// 111.

En Gavilanes se vivía una religiosidad espontánea, auténtica y, en ocasiones, ingenua e inocente, como la fe de los niños; por encima de todo clericalismo impuesto, de todo lo procedente de cualquier administración. Contaban en el pueblo que un día, tras las Elecciones del año 1931 llegaron las Hijas de María y le preguntaron al tí Cuca, quien tenía fama de anticlerical:

— ¿Pa quien ha votao el tí Cuca?

A lo que éste, muy seguro de sí mismo y con una finísima ironía, respondió:

— Pal Corazón de Jesús.

Cuentan que cuando el tí Cuca se estaba muriendo, en su agonía, dirigiéndose a su hijo, le reprochó con exigente y seria preocupación:

— ¡Juan, Juan, que me estoy muriendo, y aquí no hay ni un cura, ni un maestro!

El jato, toro entero de labranza: tótem de Gavilanes

En una cultura y religión agrícola como en Gavilanes, como en toda la Ribera labriega del Órbigo, los jatos, los toros enteros, sin capar, eran muy apreciados. Resultaban esenciales e imprescindibles para las labores de campo: en la arada de las sementeras y en la trilla de las eras, y en las cosechas de aquella época en la que Santiago vivió su infancia en la casa de los Marino.

Cada familia hacía exhibición de sus jatos, de sus toros de labranza. En Gavilanes el toro era el tótem que representaba a cada casa. Era el emblema, la bandera, el símbolo o el estandarte familiar. Cada familia cuidaba celosamente y con mimo sus jatos. Cuando llegaba la primavera se sacaban a las eras para darles de

beber agua de nieve. Pero en realidad, como aprecia Santiago, se sacaban para exhibir su trapío, su belleza, su casta, su fuerza:

Sacando el jato se sacaban la casta y los "huevos" a que los vieran los demás.

Aquel acto de sacar a beber a los jatos a las eras en primavera era toda una solemnidad, un ritual de origen ancestral, propio de las religiones agrícolas, precristianas y paganas. El toro ocupaba un lugar privilegiado cuando lo llevaban a beber: él iba delate, mientras que los varones de la familia se colocaban detrás, como en procesión. "Por allí vienen los de Marino", "por allí los de tal o cual familia", decía la gente entusiasmada al verlos pasar.

Y cuando llegaban a las eras se iniciaba el espectáculo emocionante de la fuerza encarnada en los toros, en los jatos de distintas familias que se peleaban entre sí. Aquello suponía un modo de poner de manifiesto el poderío y el orgullo de la familia del jato que ganaba la pelea.

Aquello era toda una ceremonia cósmica en las mañanas de primavera: los jatos peleando en las eras, en las eras aún vacías de trigo, para mostrar su fuerza, su pujanza y poderío. Rebufando, berrando, encendidos en la pelea. Pero sobre todo, cada 15 de mayo era un día clave y propicio para las peleas de toros en Soñanes (El Coto), cerca del pueblo de Palazuelo de Órbigo.

Aquel día de intensa primavera, la pelea de los jatos era extraordinaria. Era la fecha en que se estrenaban los abundantes pastos del Coto para los ganados de Gavilanes y Palazuelo. Por eso había una gran concurrencia de gente que participaba con sus toros en aquellas peleas. Y la victoria del toro ganador procuraba una enorme difusión, tanto para él como para toda la familia a la que representaba. Los hombres, allí reunidos, apostaban por el jato ganador. Como también se hacía en las peleas de gallos en Gavilanes. Eran gallos de pelea que se criaban para la ocasión, más pequeños que los habituales de corral.

El jato era el tótem de la familia, el tótem de Gavilanes. Durante el invierno había que preparar a los jatos, como tantas veces lo hizo el Bubillo en los días de invierno, junto a su tío Jesús. Había que cuidarlos con esmero y dedicación, limpiándolos con maza y rastrillo, cepillando y cardando su pelo hasta que quedara brillante y bien bruñido. Y cada día, antes de cenar, se le echaba de comer durante más de una hora. Había quien le echaba de comer a los jatos hasta hogazas de pan, como su tío Modesto, *El Curro*, casado con Paula, hermana de su abuelo Santiago Marino. Y es que los jatos eran, entonces, como un miembro más de la familia.

De aquellas tareas para arreglar el ganado que le han dejado un recuerdo imborrable, figura también "el ambiente acogedor y denso de una cuadra", como nos dice en su autobiografía. Un ambiente cálido, de hogar y de sosiego, el de la cuadra, el del establo, cuyo olor no es soportable por los que viven en las ciudades, acostumbrados a los olores artificiales que produce la civilización. No olvidemos que es en un establo, en una cuadra, donde tiene lugar el misterio de la Luz, el nacimiento de Cristo, para purificar a toda la humanidad que deja de creer en sus astros, en su origen y en su destino de Luz.

Recordará siempre la pareja de *jatos negros*, que fue a comprar con su abuelo Santiago a Astorga, andando desde Gavilanes, cuando tenía 11 años, en 1944. Tardaron más de cinco horas, un recorrido que en la actualidad, en automóvil, se hace en poco más de quince minutos. Aquellos jatos negros, de más de novecientos kilos de peso, dieron un resultado extraordinario, tanto para la lucha como para las faenas de labranza.

Quiso su abuelo Marino que aquel día fuera imborrable para su nieto. Y después del largo recorrido a pie desde Gavilanes, y antes de comprar los jatos, Santiago Marino decidió que era necesario reponer las fuerzas gastadas a lo largo del camino. Y se dirigió con su nieto a la Plaza Mayor de Astorga, a la plaza del Ayuntamiento, para comer.

Subieron hasta la bella plaza porticada, diseñada por Francisco de la Lastra a finales del siglo XVII. En uno de los soportales había un mesón, hoy convertido en restaurante. Para su nieto, el abuelo pidió lo mejor que entonces se podía pedir. Pidió

un filete de ternera. Era la primera vez que el Bubillo comía aquel manjar. Y allí, mientras comían en el mesón de la plaza, vieron salir de la torre barroca del ayuntamiento la pareja de maragatos del reloj que toca la campana al llegar las horas. Los mismos maragatos, la misma plaza, el mismo reloj. Y, tal vez, siempre la misma hora de entonces desde el tiempo que nos mide.

Al terminar de comer compraron los hermosos jatos negros, y, contentos, los dos volvieron a Gavilanes andando, con los jatos por delante. Aquellos toros negros de labranza fueron el orgullo del tío Jesús. Para él marcaron un antes y un después. Un antes y un después de la llegada de los jatos negros en su vida de labrador en Gavilanes.

Algunos años más tarde, su padre, Joaquín Pérez subió a Robledo para comprarle a Marcelo el famoso *jato blanco*, jabonero, al que de chaval, Pepe Bomba, lo montaba, y sobre su lomo subía hasta la pradera La Braña, de Robledo.

El jato blanco era un toro sin estampa y sin trapío; avacado y cornicorto, que provocó alguna chanza entre la gente de Gavilanes cuando vieron aparecer a Joaquín en el pueblo con el jato por delante. Sin embargo, aquel toro sin estampa y sin presencia dio un resultado excepcional, y no sólo en los trabajos agrícolas, sino también en las luchas con otros toros, pues no había quien pudiera con él. Ni siquiera el toro más fuerte y mejor armado que había en el pueblo, por quien en la primera pelea todos apostaron. Pero el jato blanco lo venció de inmediato, empitonándolo y arrastrándolo, poniéndolo patas arriba, hasta llegar a tirarlo a la presa. Aquel jato blanco de la casa de los Marino era muy valiente. Pesaba más de mil kilos y tenía una fuerza descomunal. Era un toro potente, poderoso y pujante, de una impetuosa acometividad que la demostraba en la lucha contra los demás jatos.

En Gavilanes, en las labores de la tierra no se utilizaban mulas. Sólo se utilizaban toros y bueyes. Santiago reflexiona sobre ello, donde encuentra un símbolo de la vida profunda y bravía: El usar en la Ribera jatos y bueyes en lugar de mulas, pudiera ser símbolo, además de un terreno más denso, de una concepción y densidad de la vida más grave⁸⁶.

Religiosidad de la familia

En su familia, por parte de padre y de madre, de montaña y de Ribera, se respiraba un ambiente profundamente sagrado. Se vivía una cósmica sacralidad, emparentada y ligada con la tierra, con los montes, con las piedras, con las rocas y los ríos.

En la casa de los Marino, en los días festivos leían *Ben Hur y Fabiola*, novelas católicas de aquel tiempo. Eran unas sesiones de lectura que organizaba tía Florentina los domingos por la tarde. Tía Conce leía muy bien. Pero la verdad es que se leía a escondidas del abuelo Santiago, porque el abuelo creía en la cultura y en la religión del campo, y no en los libros, que para él eran productos de una civilización ilustrada y artificial.

En la casa de los Marino, como en muchas casas de la España de entonces, se rezaba el rosario después de cenar. Tras la oración del rosario, toda la familia salía a la puerta "a tomar el fresco", cuando la temperatura lo permitía. Ese "tomar el fresco" era también un momento sagrado de sosiego y serenidad.

Los Marino era una familia con numerosos miembros de religiosos: la hermana pequeña de su abuelo Santiago, Antonia, religiosa cisterciense, contemplativa, que murió en el convento de Carrizo de la Ribera a los veintisiete años. Sus tías, hermanas de su padre: tía María y tía Martina, así como dos primas de su padre, concepcionistas franciscanas de Plasencia. En la generación posterior, Santiago tomará el relevo junto con sus dos hermanas, Isabel y Mari Carmen, y otra prima, Isabel Cabezas.

La vida religiosa era vivida por todos los Marino como lo más hondo y espiritual. Uno de los momentos que subrayan este carácter profundamente religioso de la familia fue el

⁸⁶ Los Marino// 588.

protagonizado por su tío Juan, en un acto épico de valentía y religiosidad, cuando sacó en procesión la imagen del Sagrado Corazón, él solo, al no atreverse nadie más del pueblo a hacerlo, por miedo.

Sí, por miedo, pues era entonces la época de la II República en España. Sería por el año 33 o el 34, y había un visceral rechazo institucional y político hacia todo lo religioso y sus prácticas, hasta llegar, incluso, a provocar en una parte de la sociedad el odio que desencadenó los acontecimientos sangrientos y trágicos, como la quema de iglesias y conventos, y los asesinatos de tantos religiosos y seglares, como sabemos por la historia y el testimonio de muchos de los que aún viven.

En aquel ambiente había un miedo lógico, razonable y fundamentado, a participar en las ceremonias religiosas. El pueblo de Gavilanes celebra las fiestas del Corpus, y en ellas tenían lugar varias procesiones. Pero aquel día, el señor cura se disponía a sacar las andas del Sagrado Corazón de Jesús, y al darse cuenta de que no había nadie que se atreviera a coger las andas para salir en procesión, decidió suspender la ceremonia. Sin embargo, al tío Juan le salió el coraje, el sentido del deber, de la responsabilidad y de la honda religiosidad de sus entrañas, y, plantándose delante de los mozos, les dice:

— Pues los santos salen. Si no hay nadie, las andas las llevaré yo solo.

Como ninguno de los mozos se atrevió, él solo cargó con la imagen por todas las calles del pueblo, en procesión. Este recuerdo de Juan procesionando solo, desde su coraje y su valor, debió de quedar muy profundamente grabado en el corazón de toda la familia. Así, cuando Santiago ya había tomado los hábitos, su tía Florentina, hermana del tío Juan, le confesó la emoción íntima, honda, verdadera y estremecida, al ver luego a su hijo Juan Antonio en la procesión, al recordarle a su valiente hermano Juan, con estas palabras tan sinceras, cargadas de espontaneidad:

— Yo que veo al mí mozo en medio de la procesión... se me llenó de vida el alma⁸⁷.

Es muy seguro que a Florentina aquella imagen de su hijo le recordara a su hermano Juan, en aquella otra procesión del Cristo, del Corazón de Jesús, el día en que cargó él solo con las andas, movido y ayudado por su valor y la fuerza de su espíritu.

Su tía Florentina murió en 1967, asistida por su sobrino Santiago, rezando el rosario de la buena muerte, y repitiendo sin cesar:

— ¡Estos días amarillos!

Días amarillos de la luz intensa: la luz del recuerdo hondo, que evocaban en ella los días en que su hermano Juan había muerto en la guerra. Días amarillos, de cosecha de trigo y cereal; días de pan y eucaristía. Días para celebrar la gran fiesta de la luz: el solsticio de verano, el día más largo, de más luz, que la Iglesia celebra el día de San Juan. Precisamente, el día 21 de junio, que es el día del solsticio de verano, murió la tía Florentina evocando sin cesar, como una oración, como una letanía, como un mantra, aquellos días amarillos. Era el último instante de su vida, el día de más luz solar. El día más propicio y simbólico para convertir las sombras de la muerte en la Luz de la inmortalidad.

En un ambiente familiar de tan honda religiosidad, vivida de una manera tan cósmica y sacramental, no es difícil sospechar que desde su infancia fuera surgiendo en Santiago un compromiso religioso y sagrado. Él era quien de niño en Gavilanes iba a coger la cruz los viernes de cuaresma:

Con las mañanas de frío, aterido, iba a coger la cruz en los calvarios.

Así comienza su autobiografía, llevando la cruz. Esa cruz que transforma, en Luz y en gloria, todas las penas y las sombras

⁸⁷ Los Marino //153.